

CRISTIANIDAD



117

RAZON DE ESTE NUMERO

AÑO VI

1 FEBRERO

1949

No sólo había sido profetizado Jesucristo como el «Rey pacífico cuyo rostro desea ver toda la tierra», y como «la esperanza de todos los pueblos». También se le anunciaba como el Mesías contra cuya soberanía divina se alzarían las naciones y contra quien se coaligarían los reyes y príncipes de la tierra, y en el momento de la presentación en el Templo a ofrecerse a su Padre para cumplir su voluntad en la Redención del mundo, Simeón anunció a María que la «luz para los gentiles y gloria de su pueblo de Israel» estaba puesto para ruina y resurrección de muchos y como «señal de contradicción».

La rebelión de la ciudad terrena de que habla San Agustín, edificada sobre el amor del hombre a su gloria hasta llegar a despreciar a Dios ha seguido, como enseña León XIII en su encíclica «Humanum genus», a lo largo de los siglos manifestándose en la conjuración del mal contra la Iglesia Católica, heredera de este carácter de Jesucristo de atraer hacia sí no sólo un amor sino también una repulsión de que no se puede hallar otro ejemplo en la Historia

EDITORIAL: **Mi voluntad es la de conquistar todo el mundo**, por el P. José M.^a Murall, S. I.

PLURA UT UNUM: **Tal como León XIII proclamó: Arrancar la máscara a la Masonería** (págs. 51 y 52); **¿Quién tiene los naipes?**, por Luis Creus Vidal (págs. 53 a 55); **La Masonería, enemiga del Estado**, por J. C. (págs. 56 y 57).

DEL TESORO PERENNE: **El reino de Dios y el reino de Satanás** (págs. 58 y 59); **La esperanza de las naciones, signo de contradicción** (págs. 60 y 62); **Mensaje de Su Santidad el Papa Pío XII en la víspera de Navidad** (págs. 63 a 66); **Carta pastoral del Emmo. Sr. Cardenal José Mindszenty, Príncipe-Primado de Hungría** (pág. 67).

A LA LUZ DEL VATICANO: **El secreto del señor Truman (III)**, por José-Oriol Cuffí Canadell (págs. 68 y 69).

COLABORACION: **Meditación en torno de la Fiesta de San Francisco de Sales**, por Martirián Brunsó, Pbro. (págs. 70 y 71).

DE ACTUALIDAD: **El Colegio Cardenalicio felicita las Pascuas al Papa. - Detención y proceso contra el Cardenal Mindszenty** (pág. 72).

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Ignacio M.^a Serra Goday y otros.



El Liberalismo es pecado

Dr. D. Félix Sardá y Salvany

Obra que, a pesar de
haberse escrito hace
más de cincuenta
años, conserva toda
su actualidad

PÍDALA EN NUESTRA ADMINISTRACION
Precio especial para nuestros suscriptores:

4 ptas. ejemplar



Talleres

NOTARIO

INDUSTRIA MECANICA

CADENAS, PEDALES
y CARRETES para
bicicletas, marca
«NOTARIO»

Calle Sugrañes, 22 - Tel. 31560 - BARCELONA (Sans)

La Inquisición

J. M. Orti Lara

Precio especial para nuestros suscriptores
10 pesetas



Historia de las sociedades secretas

en 3 tomos
Vicente de la Fuente

Precio especial para nuestros suscriptores
45 pesetas los 3 tomos



Pídalos en nuestra administración

LECTOR:

Varios padres misioneros
españoles, que en lejanas
tierras de la India han
conocido nuestra Revista,
son grandes entusiastas
de CRISTIANDAD

¿Quieres costear su suscripción?

Telefona al n.º 22446 y se te
dará el nombre de tu favorecido

CRISTIANDAD

NÚMERO 117-AÑO VI

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22446

BARCELONA

1 de Febrero de 1949

Brux, 1, 1.º - Teléf. 222567

MADRID

Mi voluntad es la de conquistar todo el mundo

La nota de «actualidad perenne» por la que se distinguen «Los Ejercicios Espirituales» de San Ignacio de Loyola puede aplicarse singularmente a la meditación fundamental de los mismos, conocida con el nombre del Reino de Cristo. Es esta meditación en verdad, de todos los tiempos, para todos los tiempos.

Jesucristo, Rey, dirige un llamamiento para un servicio grandioso, para una obra de liberación; expone las condiciones magníficas de la misma: comunidad de trabajo, de sufrimiento, de triunfo. Espera respuesta. San Ignacio presenta dos posibles: la de un alistamiento entusiasta; la del entusiasmo reflexivo del hombre, amaestrado por la experiencia de lo pasado que puede repetirse y que toma precauciones para perseverar en una total entrega. Dos propiedades caracterizan las palabras del Sumo Capitán: la empresa grandiosa cuya iniciativa El toma: la invitación a la acción, a la lucha.

En la parábola del Rey temporal que precede a la contemplación del Rey eterno, el llamamiento es llamado Cruzada. En tiempo de San Ignacio la idea genuína de cruzada no había muerto. Como no murió después. Siempre este nombre ha servido para despertar los mayores entusiasmos. Comprende dos elementos: voluntad de conquista o más propiamente de liberación: adhesión íntima al Jefe venerado, adhesión que acorta distancias y lleva a la penetración total con El, condición para la entrega absoluta, para el total renunciamento.

Así es como San Ignacio traza la imagen del Rey temporal, muy actual en nuestros días. No hay que pasar aprisa por esta primera parte de la contemplación: San Ignacio manda que se considere: «Si tal vocación, consideramos del rey temporal a sus súbditos, cuánto es cosa más digna de consideración ver a Cristo Nuestro Señor rey eterno.» Es cosa capital penetrarse bien de este carácter de Jesús, el libertador no sólo de otros tiempos, sino el Jefe actual de la liberación actual de la humanidad.

Las almas jóvenes, los verdaderos idealistas, son siempre sensibles a las empresas de esta clase, ahora se trate de territorios ocupados o de situaciones sociales. Descuidar este aspecto social de Cristo y poner de pronto la atención en una abnegación total, en una renuncia a todo, que fuera ya como término, sería presentar incompleta la meditación del «Reino de Cristo».

Claramente habla San Ignacio: «Ver a Cristo Nuestro Señor, rey eterno y delante de él todo el universo mundo al cual y a cada uno en particular llama y dice: Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos y así entrar en la gloria de mi Padre: por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena, también me sigue en la gloria.»

Y determina luego el Santo la naturaleza de la conquista, en la meditación de Dos banderas, «la una de Cristo, sumo Capitán y señor nuestro; la otra de Lucifer, mortal enemigo de nuestra humana natura». No se trata de mera parábola, sino de «historia viva, que es como Cristo llama y quiere a todos debajo de su bandera y Lucifer al contrario debajo de la suya». Por esto San Ignacio quiere que el ejercitante «vea un gran campo de toda aquella región de Jerusalén, adonde el sumo capitán general de los buenos es Cristo Nuestro Señor, otro campo en región de Babilonia, donde el caudillo de los enemigos es Lucifer».

No ya actual, actualísima es esta meditación del «Reino de Cristo». Su Santidad el Papa Pío XII, Vicario de Cristo, Cristo visible en la tierra, el próximo pasado septiembre, ante una manifestación sin precedentes de representantes de la juventud católica de las más diversas naciones, desde la escalera de la patriarcal basílica vaticana bendecía la primera piedra del edificio «Domus pacis», la Casa de la Paz, para dar a la juventud del mundo católico reunido frente a la cúpula de San Pedro, una prueba de que pertenecen a una gran familia que abraza a todos sus hijos con igual amor.

«A vosotros, jóvenes, — les recuerda en el mensaje de Navidad, — que en la flor de vuestra juventud lleváis la responsabilidad de un mañana todavía incierto, os decimos: no os contentéis con construir el «Domus pacis» en la Vía Aurelia. Esto no será más que un símbolo de vuestra sana devoción y de vuestra determinación de hacer del mundo un «Domus pacis», sobre el cual pueda reinar el espíritu y las promesas de Belén y donde la afligida humanidad pueda hallar una paz duradera.»

Estas palabras hacen revivir en las mentes de la juventud de todo el mundo la consigna dada por el Vicario de Cristo tres meses antes.

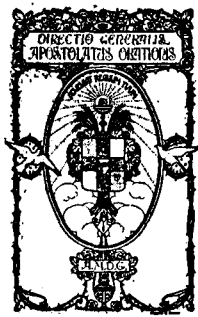
«De vuestras filas, sale un grito poderoso, que se difunde a través del mundo, por tierra y por mar, por montes y por valles, como juramento que se eleva hasta el cielo: Nosotros hacemos profesión de juventud católica. Es la manifestación de una voluntad poderosa, de una resolución diamantina: Nosotros queremos actuar en nuestra propia vida la fe católica, queremos que en nuestra patria se conserve la civilización cristiana. Vosotros habéis ya dado en estos años repetidas pruebas de la seriedad y de la solidez de vuestra profesión y de vuestro querer. Nosotros os estamos agradecidos: vosotros sois nuestro gozo y nuestra gloria. Nosotros no podemos sino confirmaros en nuestros santos propósitos, trayendo a vuestras mentes las áureas palabras del apóstol San Juan: «Esta es la victoria que vence el mundo, nuestra fe.»

El camino de la Iglesia a través de los siglos es ciertamente vía crucis, pero es también en todo tiempo marcha de triunfo. La Iglesia de Cristo, los hombres de la fe y del amor cristiano, son siempre aquellos que a la humanidad sin esperanza le traen la luz, la redención, la paz. Jesucristo ayer y hoy, el mismo también por los siglos.

Cristo es nuestro guía, de victoria en victoria. Seguidle.»

José M.^a MURALL, S. I.





La lucha contra el ateísmo moderno

(Intención del Apostolado de la Oración del mes de febrero)

I.—Se entiende en esta intención bajo el nombre de «ateísmo moderno» principalmente el «comunismo ateo militante» del cual publicó el Papa Pío XI la Encíclica «Divini Redemptoris» (19-III-1937). No parece que la generalidad de los católicos se dieran cuenta suficientemente de la importancia de este egregio documento ni parece que procurasen en serio con su ayuda y entusiasmo el abatimiento del inminente y grande peligro del comunismo ateo, que el Sumo Pontífice con clarísimas palabras muestra. Engañados por una falsa apariencia, juzgaban no pocos el comunismo como algo menos malvado de lo que el Papa lo describe.

El comunismo es intrínsecamente, por naturaleza, malo y ateo, porque brota del materialismo histórico y dialéctico de Carlos Marx. Para esta doctrina la persona no es otra cosa que «a manera de ruedecita perdida en la máquina universal».

De notar es que el comunismo se presenta no sólo como movimiento económico, político y social, sino como religión universal, que invade al hombre entero y con cierto sentido místico, se apodera de él y le atrae.

II.—¿Cómo se debe impugnar al comunismo?

El Sumo Pontífice aconseja esto:

- 1) que se oponga la luminosa doctrina de la Iglesia acerca de Dios Creador y Redentor, del Hijo de Dios hecho hombre, de la familia, de la sociedad civil y de sus derechos y obligaciones, del orden social y económico...
- 2) que los católicos se valgan de estos remedios y ayudas:
 - a) renovación radical de la vida cristiana según las normas del Evangelio;
 - b) que se aparte el alma de lo terreno y de sus concupiscencias;
 - c) que se impregne de la caridad cristiana;
 - d) que no se descuiden los deberes de la estricta justicia;
 - e) que se guarde también la justicia social la cual exige de cada particular todo lo necesario al bien común;
 - f) que se cultive la afición al estudio de la doctrina social;
 - g) que se prevenga a los hombres contra las insidias y falacias del comunismo;
 - h) que se impugne el comunismo ateo por medio de: asociaciones, periódicos, espectáculos cinematográficos, teatrales y radiofónicos, escritos literarios... esto es: por todos los medios lícitos de la propaganda moderna;
 - i) la oración y la penitencia, medio el más eficaz de todos. Así habla Pío XI «Puesto que contra este odio a la religión enteramente satánico, que nos recuerda aquel «misterio de iniquidad» de que nos habla San Pablo, no bastan las humanas fuerzas y el cuidado de los hombres, Nos juzgaríamos faltar a Nuestro ministerio Apostólico, si recusáramos mostrar a los hombres los admirables misterios de la luz, misterios que encierran al mismo tiempo la fuerza recóndita de subyugar los desenfrenados poderes de las tinieblas... «Este linaje (de demonios) no se aleja si no es por la oración y el ayuno» (Mt., 17, 20). Juzgamos que esta amonestación divina se ha de adaptar también a los males de nuestro tiempo; como que no pueden apartarse tales males sino «por la oración y el ayuno (penitencia)». Ved, pues, qué parte puede tener nuestro «Apostolado de la Oración» en la impugnación del ateísmo moderno.

(Del original latino de la Dirección General del Apostolado de la Oración. Roma)



RAZON DE ESTE NUMERO

No sólo había sido profetizado Jesucristo como el «Rey pacífico cuyo rostro desea ver toda la tierra», y como «la esperanza de todos los pueblos». También se le anunciaba como el Mesías contra cuya soberanía divina se alzarían las naciones y contra quien se coaligarian los reyes y príncipes de la tierra; y en el momento de la presentación en el Templo a ofrecerse a su Padre para cumplir su voluntad en la Redención del mundo, Simeón anunció a María que la «luz para los gentiles y gloria de su pueblo de Israel» estaba puesta para ruina y resurrección de muchos y como «señal de contradicción».

La rebelión de la ciudad terrena de que habla San Agustín, edificada sobre el amor del hombre a su gloria hasta llegar a despreciar a Dios ha seguido, como enseña León XIII en su encíclica «Humanum genus», a lo largo de los siglos manifestándose en la conjuración del mal contra la Iglesia Católica, heredera de este carácter de Jesucristo de atraer hacia sí no sólo un amor sino también una repulsión de que no se puede hallar otro ejemplo en la Historia

EDITORIAL: **Mi voluntad es la de conquistar todo el mundo**, por el P. José M.^a Murall, S. I.

PLURA UT UNUM: **Tal como León XIII proclamó: Arrancar la máscara a la Masonería** (págs. 51 y 52); **¿Quién tiene los naipes?**, por Luis Creus Vidal (págs. 53 a 56); **La Masonería, enemiga del Estado**, por J. C. (págs. 56 y 57).

DEL TESORO PERENNE: **El reino de Dios y el reino de Satanás** (págs. 58 y 59); **La esperanza de las naciones, signo de contradicción** (págs. 60 y 62); **Mensaje de Su Santidad el Papa Pío XII en la víspera de Navidad** (págs. 63 a 66); **Carta Pastoral del Emmo. Sr. Cardenal José Mindszenty, Príncipe-Primado de Hungría** (pág. 67).

A LA LUZ DEL VATICANO: **El secreto del señor Truman (III)**, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 68 y 69).

COLABORACION: **Meditación en torno de la Fiesta de San Francisco de Sales**, por Martirián Brunsó, Pbro. (págs. 70 y 71).

DE ACTUALIDAD: **El Colegio Cardenalicio felicita las Pascuas al Papa.— Detención y proceso contra el Cardenal Mindszenty** (pág. 72)

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Ignacio M.^a Serra Goday y otros.

TAL COMO LEON XIII PROCLAMÓ:

Arrancar la máscara a la Masonería

Si los avisos del Papa hubiesen sido oídos, otro sería el mundo de hoy

El «Bill 1940 de las logias masónicas» que iba a ser introducido este año como Bill privado en el Parlamento británico, ha sido al fin rechazado hasta el momento presente. La noticia fué dada a este efecto por el *Times* (7 de febrero). Sólo fué publicada en la última edición.

El Bill había surgido y era promovido de la Gran Logia de Inglaterra, que ha hecho todo lo posible a fin de que prosperase.

La Gran Logia, evidentemente, esperaba que el Bill pudiera pasar como inadvertido dentro del estruendo de la guerra, esquivando la reacción que indudablemente se produciría en la Prensa y organizaciones católicas, plan que le ha fallado.

El objeto más ostensible del Bill, según se expresaba en el texto que se dió al público, era «aclarar ciertos puntos», aprovechando así las providencias tomadas en cuatro Actas del Parlamento de últimos del siglo XVIII y primeros del XIX, que aun hoy querrian se interpretasen en forma favorable a la Masonería y sus Logias.

Las Actas a que se refería eran las siguientes:

El acta de 1799 sobre «Sociedades Ilegales»; el Acta concerniente a «Reuniones Sediciosas» de 1817, y dos Actas que hacen referencia a «Juramentos ilegales», con especial insistencia sobre juramentos secretos de 1797 y 1812. En tales Actas las Logias Masónicas y asociaciones «ya existentes en su tiempo quedaban expresamente exentas» de las penalidades y prohibiciones aplicadas a las sociedades y juramentos ilegales y a las reuniones sediciosas, con la sola condición de llenar algunas providencias. Las dudas o dificultades que el Bill quería soslayar eran las que pueden afectar a las numerosas Logias y sociedades Masónicas establecidas desde aquel entonces. Ya que tal punto no ha sido nunca debatido ni puesto en claro, y del texto de las Actas citadas se deduce claramente que sólo gozaban de exención las que existían en el tiempo de las mismas.

Sangrarse en salud

El Bill propuesto en realidad va mucho más lejos de la intención expresada en su preámbulo, ya que contiene la cínica previsión de que «nada contenido en las Actas relativo a asociaciones o juramentos ilegales puede aplicarse o atribuirse a las reuniones y vida de cualquier Logia de Masones». Si tal Bill se promulgase, parece ser que, con tal de que surgiese de las Logias Masónicas, debería quedar legalmente impune cualquier acto de sedición, de conspiración, cualquier subversión o atentado contra la paz y la seguridad pública.

El hecho de que, inmediatamente se hizo demasiado público este proyecto de Bill, se apresurasen a retirarlo sus propios promotores, guarda perfecta armonía con las tradiciones y la historia masónicas, que siempre rehuyen la luz.

«Arránquese la máscara a la Masonería, y aparecerá cual es», escribía León XIII hace medio siglo. Si el mundo hubiese escuchado la voz pontificia, sería hartamente distinto de lo que hoy es.

El poder y la influencia de la Orden Masónica se hallan evidentemente en decadencia. Cerca de una centuria —hasta la Gran Guerra del 14-18— esta potencia oculta ejerció una influencia dominante en Europa y América, casi sin excepción en ningún país.

En toda América, norte y sur; en Francia, en Italia, en España y Portugal, en Rusia; con gran extensión en Rusia. Con gran extensión en Inglaterra, la Masonería, aliada con la Finanza Internacional, prácticamente controló los Gobiernos y de hecho dictó todas las normas políticas.

Así, toda la legislación anticatólica y anticristiana, y la mayor parte de movimientos revolucionarios que se han registrado en tantos Estados de Europa y de América durante el pasado siglo, reconocen por origen a la Masonería.

El recurso a la revolución

Es una profunda verdad que las constantes revoluciones que han agitado Méjico y los Estados de América del Sur casi permanentemente han sido conducidas por medio de la conexión existente entre sus Sociedades secretas y las Masónicas de los Estados Unidos, que con mucho son las más poderosas del mundo. La revolución bolchevique de Rusia, según es bien sabido, fué iniciada y conducida por judeo-masónicos. El mismo origen debe atribuirse a las sangrientas persecuciones anticristianas de Méjico, y la hazaña más reciente que aun pueden apuntarse ha sido la tragedia roja de España.

El gobierno francés ha sido controlado por los masones desde los últimos veinticinco años del siglo XIX. Lenta, pero seguramente, han conducido a tan noble nación a la ruina.

Sin embargo, la primera Gran Guerra (14-18) parece haber marcado un punto crítico en la marcha victoriosa de la Masonería; y debe esperarse que el fracaso que ha experimentado con motivo del triunfo Nacional en España y la reacción que se ha acusado en distintos países contra aquélla y la Finanza internacional pueda ser un principio del fin.

Durante los dos últimos siglos los Papas nunca han cesado de prevenir a las Naciones contra el secreto que entrañan estas Sociedades secretas, y cuanto traman contra su Seguridad y contra la Paz. Ya que la Masonería no sólo desea arruinar la Cristiandad como tal, sino el más elemental bienestar y las más esenciales libertades de los pueblos.

«Los masones —dice León XIII— traman constantemente conjuras contra todo Imperio, contra todo gobernante, como no sea aquellos que se pliegan a sus intereses.» Las naciones, al fin, por propia experiencia, han podido comprobar la verdad de los avisos papales, y muchas de ellas han debido acabar por realizar, siquiera tarde, lo que los Papas de tanto tiempo les habían aconsejado. La Masonería fué suprimida en Hungría en 1920, en Italia en 1927, en España en 1927 y otra vez en 1940, en Alemania en 1934, en Portugal en 1935, en el Brasil en 1937. También fué suprimida en Checoslovaquia, como consecuencia de la invasión germana en 1939. La potencia secreta fué declarada ilegal en Polonia en noviembre de 1938, bien que por desgracia dicha ley no se llevó a la práctica por falta de energía del Gobierno.

Típicamente masónico

Debe recordarse que el Estado polaco, al igual que Checoslovaquia, fué reconstituido como consecuencia de la Paz de Versalles en 1920. Aun cuando Polonia es un país tan católico, el Gobierno instaurado fué predominantemente masónico. Así, Pio XI, dirigiéndose a los miembros de una peregrinación polaca en Roma, en octubre de 1929, les decía: «La Secta Masónica no ha olvidado Polonia, y de nuevo extiende entre vosotros sus redes y su destructora influencia contra vuestra Fe y Religión, las cuales forman vuestra mejor herencia y la más alta gloria de vuestra nación.»

La presión de los católicos y el nacional sentido fué, sin embargo, reclamando sus derechos, hasta que el Gobierno no pudo más que atenderle.

La ley de noviembre de 1938, suprimiendo la Masonería, fué una expresión de este sentimiento; pero no fué sinceramente promulgada ni menos apoyada. El desastre nacional que luego ha venido ha sido su resultado.

La última ley de supresión de la Masonería es la de España. Ha sido promulgada por Franco. Es de especial importancia.

Las estadísticas que siguen son del mayor interés: desgraciadamente no pueden ser tan recientes como desearíamos, pero han sido substancialmente corregidas:

El número total de miembros activos de la Orden Masónica es de cerca 4.500.000. De éstos, probablemente 4.250.000 se hallan en países de habla inglesa. Tal como expresamente se hace constar en la ENCICLOPEDIA BRITANICA: «La Masonería es esencialmente una institución anglo-sajona.» Existen cerca de 3.500.000 masones en los EE. UU. y 500.000 en la Gran Bretaña. La Masonería es muy fuerte también en los Dominios. La solidaridad masónica que existe en todo el mundo, es vivamente puesta en relieve en la Encíclica Papal y no es disimulada por los más autorizados escritores masónicos, como se ha visto durante estos últimos años en la actitud tomada por Gobiernos y Prensa en relación con el problema de la guerra española. En realidad, el mismo fenómeno ha podido observarse una y otra vez durante el pasado siglo en relación con cada revolución o movimiento nacional relacionado en una u otra forma con la Masonería.

(Extracto del periódico *The Standard* correspondiente al día 12 de abril de 1940).

LOS DERECHOS DEL HOMBRE

por el Dr. TORRAS Y BAGES

El fruto natural, el resultado inmediato, la aplicación práctica del espíritu masónico, la realización en el orden político del gran secreto de la masonería, el naturalismo, se hizo con la Revolución francesa. Entonces el espíritu masónico quedó triunfante, sin restricciones, por algún tiempo, y si después se ha visto más o menos restringido no ha perdido el tiempo ni ha trabajado sin provecho; poco a poco su influjo maléfico ha penetrado en la sociedad, la secta ha extendido sus ramas por todo el mundo llegando a dominar los tronos más poderosos. No es posible ya dudar de que aquella revolución fué obra de la masonería, después de las afirmaciones de Luis Blanc y del conde de Hanguitz; mas no lo fué sólo en el orden de los hechos, sino, además, en el de las ideas. La secta engendró en su cuerpo libidinoso el naturalismo. Al salir el monstruo a la luz del día le pusieron un nombre de apariencia inocente para ocultar la malicia de lo que significaba. *La declaración de los derechos del hombre*: he aquí al naturalismo introducido en el orden político, pero de manera disimulada; porque, como dice monseñor de Ségur (1), varios de aquellos principios de 1789 son verdades muy antiguas del derecho francés o del derecho político cristiano que los abusos del cesarismo galicano habían hecho olvidar y que la pueril ignorancia de los constituyentes tomó por admirable descubrimiento; otras son verdades de sentido común que parece imposible que ni siquiera se proclamasen en serio; pero el mal radica en el perverso principio que anima toda la declaración, lo que verdaderamente la constituyó en novedad del orden político y del derecho público; es decir, *la independencia absoluta de la sociedad*. Y ¿no es esto el principio masónico, el dogma secreto de la secta, el panteísmo humano, aquel *Dio è il popolo*, de Mazzini? ¿No fué aquello una verdadera deificación de la sociedad emancipada de la potestad de Jesucristo?

La declaración de los derechos del hombre puede decirse que es hoy día ley fundamental de los pueblos; el

magisterio de la Iglesia Católica es sólo reconocido por los particulares, mas no por los gobiernos; el liberalismo, más o menos triunfante en todas las naciones del mundo, ha constituido el Estado moderno que se basta a sí mismo, que si en sus *constituciones* reconoce a Dios es para ponerlo bajo su potestad y darle leyes; para él no es Jesucristo el Soberano Maestro de los pueblos a quien la voz del Padre Eterno dijo en el Jordán y en el Tabor: *Ipsium audite*; la autoridad divina ha quedado postergada y Dios ha dejado de ser el principio y el fin de las leyes humanas. Quitar a Dios de todas partes, tal es el fin de la secta; y muchos liberales alborotados, no sectarios, contribuyen a tan nefasta labor; otros la aceptan sin gran dificultad creyendo que así el mundo puede ir viviendo, haciendo cada cual su antojo y quedando la sociedad tranquila, olvidando la máxima de aquel antiguo filósofo: ciudades puede haber sin murallas, sin plazas o sin teatros, mas no sin Dios.

A los hombres de valer no se les cura con la inacción; más aún el médico verdadero y experimentado no pierde el tiempo atacando solamente síntomas externos: busca la causa del mal, estudia el principio corruptor y allí aplica el remedio oportuno. La locura liberal por los derechos del hombre ha de ser contrarrestada por la nobilísima y firme aspiración del católico para restablecer los derechos de Dios en la sociedad. El día en que los hombres dejen de considerarse soberanos; cuando crean y confiesen que no hay otro Maestro que Jesucristo, como nos dice el Evangelio; cuando se reconozcan súbditos de la ley divina y proclamen al Redentor de los hombres Rey de los siglos inmortal e invisible, entonces la masonería estará perdida. Cuando, en vez de sentirse cada hombre rey en su interior, sienta cada ciudadano al verdadero Dios en su conciencia, la sociedad quedará tranquila. En una palabra, como dijo mejor que nadie el conde de Maistre, «la Revolución que comenzó proclamando los derechos del hombre terminará cuando se proclamen los derechos de Dios».

(¿Qué es la Masonería?, Obras completas, vol. XIV).

(1) «*La Révolution*».

¿Quién tiene los naipes?

«Sólo son cuatro o cinco los que tienen los naipes...»

La progresiva y vulgar urbanización, que todo lo invade y todo lo iguala, hará desaparecer en breve aquel rincón romántico. Mas aun conserva algún recuerdo del viejo prestigio, siquiera sea como remanso donde, al compás de las «sardanas» domingueras, jóvenes parejas renuevan el eterno correteo. Nos referimos al que fué un día llamado «Desierto de Sarriá», extensión de la layetana villa frontera de Barcelona antes de ser absorbida por la expansión desmedida de la urbe. «Desierto» del que sólo queda ya el nombre y quizá algún que otro árbol superviviente, que en otoño recuerda, con los colores acre-pálidos, la melancolía de otros tiempos que pasaron, que rodearon aquel paraje de residencias señoriales y que sucedieron a la primera residencia que allí se estableciera: casa de Oración.

Cerca de uno de los conventos que acreditaban el carácter levítico sarríanense, levantábase, hará pronto un siglo, una villa siempre silenciosa, siempre cerrada, como no fuese para un tan corto como selecto número de relaciones. La habitaba un anciano misterioso, de porte de gran señor. Los curiosos vecinos habían de contentarse con saber, de él, muy poco: tan sólo que había corrido mucho el mundo y que un día había estado en contacto íntimo con las más altas Cancillerías, con los más elevados personajes, y, quizá, también con los más oscuros fondos de Europa. En todo caso, era cierto que había visto, que había vivido y que había sufrido mucho.

¿Era aquel ser extraño, que había buscado afanoso un remanso de paz donde acabar sus agitados días, un ser de estos que, pese a su nacimiento, parecen predestinados para el mal, y que llevan la estampa de Caín en sus frentes? ¿Era, por el contrario, un hombre bueno, de estos que, a pesar de que todo ha contribuido a colocarles en los puestos donde pueden más fácilmente administrar el mal, por así decir, sin embargo, un fondo de rectitud o de nobleza les impide el consumarlo, y huyen de todo, hasta de sí mismos, cuando pueden? La Historia no ha podido ponerlo en claro: quienes, le han señalado nada menos que como el principal agente de Napoleón III en su tremendo pacto con la Masonería cuando recibió de sus manos el Imperio de Francia. Quienes, ponderan su intervención personal (1) cerca de Espartero, de Kossuth, de Fazy, de Cavour, de Victor Manuel y, sobre todo, de Palmerston. ¿Qué hubo de todo esto? Sea como sea, el huésped sarríanense, Sir Henry Misléy, gustaba, las escasas veces que alguien había conseguido arrancar de su reservada persona alguna manifestación, inclinando la cabeza, expresar esta frase, que en sus labios resonaba profunda y dolorida, como la de hombre que había sentido bien a fondo toda la amargura de tal realidad: «... Conozco un poco el mundo, y sé bien que, en todo cuanto se prepara, sólo hay cuatro o cinco personas que tengan los naipes... ¡¡Muchos creen tenerlos y se engañan miserablemente!!»

* * *

Cosa semejante expresaba —y aquí su cinismo no sería sino expresión de la más alta verdad— Disraeli, personaje en este aspecto, sin duda alguna, bien autorizado. El crea-

(1) Como el gran historiador de las Sectas, Deschamps, y, en España, Mañé y Flaquer y Teodoro Creus.

tor del Imperio británico victoriano, del mayor imperio en extensión que han visto los siglos, y que ha durado hasta el día, también manifestaba: «... El mundo está gobernado por personajes harto distintos de lo que imaginan aquellos cuya vista no pasa más allá de las bambalinas... esta diplomacia misteriosa de Rusia, terror de Europa Occidental, está organizada por los judíos: ellos son sus principales agentes...» El propio judío Disraeli —confesión de parte— proclamaba el tremendo arcano a su manera. Y es que a veces, de los labios más mentirosos brotan las más enormes verdades. Tal aquí.

«El hombre enemigo ha sembrado la cizaña...»

Y nosotros, para comprobar la realidad de muchas de estas cosas, tenemos lo que no tenían nuestros abuelos, que, sin embargo, más vivamente que nosotros las denunciaban, con sólo adivinarlas por su cristiano instinto. Tenemos la *experiencia de la Historia*. Tocamos ya lo que ellos sólo avizoraban. ¿Es que la del último siglo, por no decir la de los dos, no es la más palmaria demostración de la verdad de aquellos que vigorosamente denunciaban la presencia de una Universal Conjura? ¿Cabe, sin ella, explicarse los terribles progresos del Mal, si es que a este Mal no le atribuimos un Adalid terrible que ha cuidado de guiarlo?

«El Hombre Enemigo esta noche ha sembrado la cizaña.» La Parábola evangélica jamás ha tenido una aplicación tan realmente mundial como ahora, en el balance de los últimos cien años. Y las advertencias pontificias, renovadas constantemente por los sucesivos Vicarios de Cristo y coronadas expresa y definitivamente por la «Humanum Genus» de León XIII: cuando nos señalaba que existe, realmente, un *Caudillaje del Mal*, que el Mal tiene, en el mundo, cabeza y dirección visibles y que el Príncipe de este siglo tiene sus precitos abanderados que capitanean sus huestes, ¡«vexilla prudeunt inferni!»

La Gran Conjura

Un estallido, una subversión, tan súbita, casi tan inesperada —para el que no advirtiese los repugnantes progresos de la impiedad en el siglo XVIII— como lo fué la Revolución francesa, serían suficientes para demostrar que tales progresos maléficos no pueden atribuirse a fuerzas dispersas y heterogéneas. Pero aun menos, mucho menos, el análisis de toda la Historia de nuestro último siglo, si bien se analiza, se explica si no se atribuyen los hilos a un origen común en una Universal Conjura.

Hace un siglo, antes de este 1848 y de toda esta época que ha sido tan cuidadosamente estudiada por CRISTIANIDAD, los progresos de la Revolución chocaban contra una roca, humanamente hablando fortísima. Era la «Santa Alianza». Y era fuerte, no por los hombres que la hicieron, sino por la Sociedad que la exigía, como una defensa. Lo más flojo de la misma fueron, en definitiva, sus artífices: Metternich «y compañía», contra cuya imprevisión y ligereza —por no decir sus contubernios con los residuos del espíritu volteriano que subsistía— se elevaba el aviso y la pre-

vención constantes de los clarividentes Secretarios de Estado de los Pontífices que se sucedieron desde Pío VII a Gregorio XVI. Aquella Santa Alianza, conglomerando a los dos Imperios colosales del Norte, unidos al fuerte reino de Prusia, era, humanamente hablando, invencible, tanto más cuanto que la siempre latente reacción francesa impedía que la impiedad triunfara definitivamente en el país vecino, «alma mater» perpetua del siglo XIX.

Existía, por lo tanto, una Fuerza, una Coalición política, real, orgánica, en la que entraban los más efectivos Poderes de su tiempo dispuestos a mantener las últimas esencias del «vieux régime», a *conservar* el orden reinante por encima de todo. Es cierto que el mundo evolucionaba; que las consecuencias del gran ciclo de la Revolución francesa, mejor dicho, de todo el ciclo aun mayor que ya provenía desde el Humanismo y la Reforma, conducían a todo este inmenso cambio que el mundo ha dado y que bien se ha calificado de «rebelión de las Masas». También lo es que aparecían factores sociales, humanos y hasta físicos insospechados: entre ellos el progreso y el maquinismo. Pero como hemos dicho, había un freno, de tal eficacia, que de él no podemos dudar nosotros mismos, que hemos sido luego testigos de lo que puede el Estado fuerte: y la Santa Alianza quería ser esto, la coalición de los Estados fuertes.

Por lo tanto, aquí se ve bien claramente la necesidad que tuvieron, en aquel tiempo, las fuerzas del Mal de aunarse, de jerarquizarse, de organizarse. Mejor dicho, de conspirar. De tomar un adalid que encabezase la Gran Conjura. Porque ahora, cuando ya ha pasado más de un siglo desde 1848, vemos bien palpablemente que es mucho más inexplicable y mucho más inverosímil el progreso del Mal si no se acepta la existencia de la gran Conspiración, que si se acepta. Conste esto bien alto para todos aquellos que nos acusan de empeñarnos en ver siempre en todo la «mano negra» que se mueve en la sombra. Por desgracia, la «mano negra» ha existido y existe, y no es éste un fantasma que nos forjamos, sino algo bien real.

El balance del Mal

Porque, un siglo después de todo aquello, el balance del Mal es tan impresionante como definitivo. No se trata, no, si bien se observa, del solo resultado de una evolución democrática; no se trata solamente de que el mundo lleve un camino e inútil sea oponérsele. No negamos la verdad de este último aserto; ni que muchas de las cosas acaecidas venían impuestas por el sentido de la Historia. Hay otras cosas, hay otros hechos, violentos, no evolutivos, y no pocos que incitan a la meditación.

Hace un siglo, como *pilares* de una Sociedad estable, se tenía:

Un Papa Rey, que en su Estado Pontificio gozaba de la más eficaz humana garantía de independencia y libre autoridad para dirigirse a todos los poderes temporales. Un Imperio, el Austríaco, último eco del Romano Germánico, que, aun y habiendo limitado su extensión al área danubiana, era el único aglutinante posible para una serie de pueblos, los unos conspicuos, los otros complejos, algunos casi salvajes. Y elemento básico de estabilidad europea.

Otro Imperio, el que siempre es el mayor, el ruso, entonces bajo la desdichada égida de un Czar que se titulaba cabeza de una Iglesia cismática, pero, en la práctica, poder tremendo, que acudía donde convenía para restablecer, siquiera brutalmente, los más elementales vínculos y bases sociales ante todo amago de subversión.

Una Alemania, disolvente sí, herética, y en vías trascendentales de unión, de una unión que había de conmovernos dos o tres veces al mundo: pero cuyas cabezas, así se llamasen Bismarck, o Guillermo II, o más tarde in-

cluso Adolfo Hitler, soñaban, no en la universal anarquía, sino en un imperio milenarista de «pax germánica». Una Francia que no acababa nunca de destrozarse a sí misma, y en la que aun brotaban magníficos gérmenes de reacción, que compensaban un tanto su eterna labor demoledora.

Y una Inglaterra, que ciertamente había tenido por misión la de servir el veneno a los demás —en frase de nuestro gran Pensador—, pero que, como la serpiente, jamás se envenenaba a sí misma. Que oprimía y desacreditaba al Occidente cristiano ante las razas de color, pero que al primer amago de motín mandaba sus naves, porque se titulaba a sí misma «el gendarme del mundo», y que, aun ametrallando a los indígenas, restablecía un orden material.

Tales pilares, ¿podían desaparecer así como así, por la simple evolución de las cosas? ¿No es esto inverosímil?

Unos Estados así, ¿podían fenecer por sí solos? Hoy, que vemos lo que es y lo que puede el Estado, ¿cabe soñar en la posibilidad de una evolución tan rápida, comparable a suponer que Roma hubiese desaparecido por sí sola si no hubiese existido el empuje de los bárbaros?

* * *

Hoy, transcurridos cien años,

El Papa está desvalido y no tiene otra fuerza —humanamente hablando— que la de su eterno y renovado prestigio moral.

Derrumbóse Austria. Y Prusia. Dos veces. Alemania quedó en ruinas.

Francia... «non ragioniam di lor, ma guarda, e passa». ¿Inglaterra?: después de renunciar *alegremente* a la India, y a Birmania, y a los grandes imperios orientales, se aferra desesperadamente a defender cualquier antigua base de un camino que ya no tiene sentido. En todo caso *no hay gendarme*. Ella es la primera desorientada.

Queda, es verdad, el *gran Imperio*, esto es, el ruso. Más exactamente: queda como lo previnieron Balmes y Donoso. El coloso de siempre, asentado sobre sus nieves, que hoy se ha extendido hasta la Turingia y hasta Trieste, ante el cual, de la triste Europa casi sólo quedan las migajas. Mas aquellos cosacos de ayer, ¡hoy no defienden el antiguo orden, sino todas las modernas subversiones!

Y queda, en fin, otro, allende el Atlántico, el mayor de todos en técnica y en mecanismos, Imperio que un día mereció el título de «imperialista» y que se abatió sobre los inermes restos de nosotros, españoles. En cambio, hoy, en que el mundo, en su último desespero, necesita un asidero, parece haber moderado aquellos afanes dominadores que en el día servirían, por lo menos, *de nuevo gendarme*. El águila enorme, desdeñosa, no se decide a salir de su nido de oro: ¡ni siquiera cuando los míseros se ofrecen a ella voluntariamente como presa para evitar el caer en manos de un rapaz mayor!

Ahora bien: todo esto, todo este resultado, toda esta inversión tremenda que nos ha cogido alegres y confiados, ¿puede explicarse, como antes hemos dicho, por la sola evolución democrática del mundo? ¿Habría alguien tan ciego que, ante tales éxitos del Enemigo, quiera cerrar los ojos y no admitir la existencia de una Conjura que en verdad ha sido magistralmente llevada?

La vieja quimera del milenio...

Hubo, pues, Conspiración. Hubo Conjura.

Lo demuestra lo sólido de lo que se ha derrumbado.

No. Las fuerzas del Mal no han conseguido todo esto por simple evolución. El Czar de Rusia tenía una Sibe-

ria; Austria un Spielberg. Inglaterra unas naves cuyos comodores sabían que ganaban la Cruz de San Jorge con sólo disparar, con motivo o sin él, sus andanadas sobre cualquier efectivo rebelde. Algo ha ocurrido en el mundo.

Lo demuestra lo terrible y trágico del resultado obtenido.

Que, del mismo, es el mayor exponente esto: que en el mundo no queda un solo campeón del viejo principio de autoridad. Hitler, heterodoxo, terrible, vesánico, todo lo que se quiera, soñaba a lo menos con un Milenio de dominación universal. Quizá ha sido el último en sostener, bien que en forma absurda, esta vieja necesidad social, eminentemente europea. Spengler dijo que lo que entendemos por civilización, al fin habría de ser defendida por un pelotón de oficiales... ¿fué esto una quimera «juncker» heredada por la última Reichswehr?... Hoy, en cambio, nadie, por lo menos entre los representantes de la vieja mentalidad occidental, siente este empeño... ya lo hemos dicho, la gran República, la Gran Unión, cuyos inimaginables medios y cuya técnica se lo permitirían, ni lo siente, ni lo comprende... la sombra de Calvino se proyecta sobre este Occidente, ciertamente. La obra del mayor Demolidor subsiste. El Puritanismo comercial da su fruto y no siente su responsabilidad de auto Defensa ante el peligro máximo que desde Oriente acecha. Mejor dicho: que avanza.

Hubo Conspiración. Un Papa, el inmortal León XIII, la debeló definitivamente, como si no hubiesen bastado los avisos de todos sus Predecesores. Y señaló que el Mal tenía un «adalid», un organizador, un aglutinante. Y que éste era la Masonería.

El mundo no le escuchó. Y el mundo es, ahora, la gran víctima. Mucho más que la misma Iglesia. En definitiva, cuando la Iglesia advierte, lo hace siempre sin egoísmo. ¿No es Ella inmortal? Los mortales, las víctimas, son los inconscientes, son aquellos mismos que no la escuchan, que no la obedecen. Ciertamente Ella sufre, y mucho. Indeciblemente. Mas, a la larga, no es ella la principal afectada.

De todas las Instituciones a las que se dirigía entonces la providente admonición de León XIII, ¿no es la Iglesia, quizá, la única superviviente? ¡Cosa admirable! Los últimos lustros del siglo XIX fueron los del ocaso de las dos grandes potencias católicas: del triunfo del nordismo protestante. Y, no obstante, fueron aquellos en los que el Catolicismo adquirió renovada vida precisamente en los países hasta entonces más enemigos. 1918 fué, si bien se observa, el cénit de todas las subversiones: surgieron nacionalidades bajo signos tan anticristianos que algunos de ellos merecieron el título de francamente masónicos, y se derrumbaron los tres grandes Imperios que, pese a ser dos de ellos no católicos, como hemos visto, eran baluartes de una conservación social. Sin embargo, pocos años después, bajo el signo de Cristo Rey, el Año Santo de 1925 marcaba un nuevo rejuvenecimiento de la Ciudad Santa. Y ahora, cuando en 1945, prescindiendo del hundimiento de otros poderes anticristianos, hemos llegado al triunfo del gran Coloso que se eleva contra Dios, ¿no asistimos a un reflujo del prestigio pontificio, que alcanza alturas como nunca?

¡Avanzan los estandartes!

Ello no se obtiene, sin embargo, sin sacrificios y sin dolores. No es insensible la Esposa de Cristo, y con ella debemos llorar y debemos sufrir.

No ha mucho, ante lo que está ocurriendo en el mundo, concretamente, ante la aberración que en la mente de

muchos origina un renovado naturalismo, un neoliberalismo, alguien comentaba una carta, llegada de persona que en Roma asiste y vive de muy cerca las crisis de hoy. Dicha carta decía que su único consuelo era el eco eterno de las palabras de Cristo «... y estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos». Y, sin embargo, aquella persona que lo comentaba añadía que tales palabras divinas eran en verdad una esperanza, firme como una roca, esperanza que no prescribe. Esto sí. Mas muy difícilmente un consuelo. Porque la asistencia divina se refiere al triunfo definitivo, se refiere a la victoriosa resistencia contra los enemigos, mundo, demonio y carne, mas no garantiza la inmunidad contra los horrores ni contra el sufrimiento. Siempre la Iglesia ha salido victoriosa, mas lo ha sido a costa del tremendo, y a menudo ignorado, sacrificio de los mejores. «¡Padre, pase de Mí este cáliz!» ¿No temblaremos nosotros, míseros, si el Hijo de Dios, nuestro Campeón inmortal, tembló? ¿Es amar a la Iglesia nuestra Madre el confiar alegremente en su victoria final, sin contar en los sufrimientos que le esperan?

Dolores de parto. Dolores que solo, ante el alma amante y consciente, corresponden a una actitud de súplica y de oración, rogando a Dios «abrevie los días» en atención a sus escogidos.

Dolores que la Iglesia ya conoce. Y de los que ligera muestra han sido los de esta trascendental primera mitad del actual siglo, que comenzara bajo el signo masónico de los Combes y de los Clemenceau en épocas del triunfo y del progreso de toda impiedad, aquí providentemente reflejados en los escritos contemporáneos de nuestro gran Torras y Bages. Epoca en la que, incluso humanamente, sólo se explica, la resistencia primero y la victoria después, por un hecho, que el mundo naturalista desdeñará, pero cuya trascendencia, incluso al observador no religioso, pero profundo e imparcial, no podría menos que revelársele: la influencia de la devoción al Corazón Sagrado, verdadero aglutinante, verdadero adalid del bien, promovido por el mismo inmortal Pontífice de la «Humanum Genus» en su verdaderamente colosal Encíclica «Annum Sacrum», aparecida en el crítico instante del fin de siglo. Aquí tenemos nuestro estandarte, señalado por el Papa como el Cielo señaló «la Cruz de Constantino»: porque allí tenemos a nuestro Rey, a nuestro Señor, y al único que puede vencer fuerzas harto superiores a las nuestras, harto más sutiles y hábiles, como «hijas de las tinieblas» que son.

¿Tendrá necesidad la táctica satánica de seguir, como hasta ahora, recurriendo a la Conspiración para afligir a la Iglesia de Cristo? O, ¿ha llegado ya el momento de salir a la luz pública, ya no en forma de estas mogigangas del Ku-Klux-Klan u otras parecidas de las Sectas pintorescas de allende el Atlántico, sino en estas otras formas harto más definitivas, al estilo de las que se presencian en la Plaza Roja de Moscú?

El Mal, por esencia, ama la obscuridad, como el Bien, por necesidad es luminoso. No es sólo por táctica, sino por comodidad, que el Espíritu Malo entre los Malos se hallaba a gusto dentro de la serpiente. Y aun cuando el contrario de Cristo dominase al mundo, siempre sería, en definitiva, un conspirador en la sombra. Pero estas nuevas formas pertenecen a un porvenir, a un arcano que no nos es dado conocer con precisión.

Mas no lo olvidemos. Repitémoslo otra vez. El mismo Pontífice que nos reveló la conjura de la Serpiente en la «Humanum Genus», nos señalaba el Libertador y el Campeón en la «Annum Sacrum». La suerte está echada en el tablero misterioso de la Historia.

Avanzan los estandartes infernales. Mas contra ellos avanzan también los de nuestro Salvador.

Luis Creus Vidal

La Masonería, enemiga del Estado

El asesinato de Sarajevo

El 28 de junio de 1914, caían asesinados en Sarajevo el Arquiduque heredero de Austria y su esposa.

Los principales autores materiales del atentado fueron Cabrinovic, Grabez y el judío Princip. El primero, situado en lo alto del puente Gumurja, había lanzado una bomba sobre el coche en que viajaban los archiduques, pero el artefacto hizo explosión entre los coches de la comitiva. Esta prosiguió su marcha una vez recogidos los heridos que produjo la metralla. Princip, que aguardaba el paso de la caravana real en la esquina de la calle Francisco José, para entrar en acción en el caso de fallar los otros complicados, al pasar el coche del heredero imperial disparó con extraordinaria sangre fría sobre el Archiduque y su esposa que viajaba a su lado, resultando ambos gravemente heridos. Trasladados los dos ilustres personajes al palacio del gobernador, fallecieron pocos momentos después.

Algunos meses más tarde, los culpables manifiestos del asesinato comparecían ante un Consejo de Guerra. En el curso de los interrogatorios se comprobó que en el atentado había intervenido la sociedad secreta serbia de inspiración masónica «Narodna Odbrana», uno de cuyos jefes, Tankosic, se encargó directamente de la preparación de aquél. Dicho sujeto había estado en íntimo contacto con un individuo, cuya verdadera personalidad no pudo ponerse totalmente en claro durante el proceso, llamado Casimirovic, auténtica clave maestra de la conspiración, y que en la fase preparatoria de la misma realizó un viaje de inspección por Europa visitando diversos centros masónicos. El acusado Cabrinovic manifestó a este respecto en una de las audiencias del Consejo, que Casimirovic era amigo de Tankosic, representando tener «de treinta a cuarenta años», y explicando que ambos individuos habían celebrado una entrevista, en la cual se acordó el viaje de Casimirovic a diversos países. Y añadió: «Tenía que visitar Budapest, Francia y Rusia. Siempre que yo le preguntaba a Ciganovic cómo andaba el negocio, me respondía: «Ya hablaremos cuando venga el otro.» Ya para entonces me había contado Ciganovic —otro de los encartados— cómo los francmasones habían condenado a muerte al heredero del trono, pero que no tenían hombres para ello. Cuando me dió la «browning» y los cartuchos, me dijo: «Ayer tarde llegó el otro de Budapest.» Sabía yo, pues, que su viaje se relacionaba con el negocio, que había ido al extranjero y que allí había tenido confidencias de ciertos medios.»

Preguntado el acusado Cabrinovic por el Presidente del Consejo de Guerra: «¿Ha oído usted decir que el mayor reproche que se formula contra Austria es el ser un Estado católico?», respondió con una solemne afirmación de que así era en realidad.

Efectivamente, el asesinato de Sarajevo fué el clarinazo que anunció el comienzo de la guerra europea, antesala obligada por la realización de otro atentado tan alevoso como el anterior: la destrucción del Imperio Austro-húngaro.

Tenemos, pues, un caso concreto contemporáneo —uno de muchísimos— que prueban palmariamente la intromisión de la masonería en la vida interna de los pueblos, usando y abusando de todos los medios a su alcance, hasta llegar a la comisión de atentados abominables y a la preparación de guerras, con tal de conseguir una de sus más caras ambiciones: la destrucción de los Estados y de las naciones católicas.

Casimirovic y Piccolo Tigre

El viaje de Casimirovic por Europa como preparación fundamental del asesinato de los príncipes de Austria, respondía a la norma más estricta de la secta en casos semejantes. Considerando el hecho de que el atentado había de ser el comienzo de una fuerte sacudida en el mundo entero y especialmente en el seno de las cancillerías de nuestro continente, se comprende que la masonería internacional desease tener bien atados los cabos de la conspiración, principalmente en aquellos países que reputaba más interesantes para el desarrollo de sus planes. Casimirovic era un agente de la secta, pero, con toda seguridad, un agente calificado.

A fines de la primera mitad del pasado siglo, otro oscuro personaje había recorrido gran parte de Europa, al objeto de establecer contactos y conjugar actividades entre los conjurados contra la causa de Cristo y de su Iglesia. Se estaba preparando el estallido revolucionario conocido en la historia con el nombre de «revolución de 1848», y que tenía señalado como meta la destrucción total del orden social nacido al calor y bajo la influencia vital del Cristianismo.

Para conducir a su término tales propósitos, dicho personaje, cuya verdadera personalidad no ha podido nunca descubrirse y del que únicamente se sabe que se trataba de un judío piomontés que respondía al seudónimo de *Piccolo Tigre*, fué a explorar, dos años antes de aquella fecha, los círculos tenebrosos de los dirigentes revolucionarios de varias naciones. Veamos cómo él mismo nos explica el resultado de su misión:

«El viaje que acabo de verificar por Europa ha sido tan feliz y productivo como habíamos esperado; de hoy más no nos falta sino querer para llegar al desenlace de la comedia. En todas partes he visto los ánimos muy inclinados a la exaltación, y nadie hay que no confie que el mundo antiguo se hunde y que el tiempo de los reyes ha pasado ya. La cosecha por mí recogida ha sido abundante, y sus primicias van en este mismo pliego, siendo inútil que de ellas me deis recibo, pues no soy aficionado a cuentas con mis amigos, y casi podría decir con mis hermanos. El grano sembrado fructificará sin duda, y a dar crédito a las noticias que recibo estamos tocando a la época tan deseada, sin que en mi sea posible la duda acerca de la caída de los tronos, pues acabo de estudiar en Francia, Suiza, Alemania y hasta en Rusia el trabajo de nuestras sociedades. El asalto que de aquí a pocos años y quizá dentro de algunos meses daremos a los príncipes de la tierra los sepultará entre los escombros de sus monarquías caducas y sus impotentes ejércitos» (1).

Dos años tan sólo transcurrieron de esta predicción hasta el movimiento subversivo que anegó el viejo continente, incluso los Estados Pontificios, obligando al Papa Pío IX a abandonar la Ciudad Eterna para conservar su libertad y su independencia.

Los dos graves sucesos que hemos relatado, de tan hondísimas consecuencias para el futuro del mundo, coinciden en su origen misterioso, y también en el hecho de que vienen precedidos por un viaje simbólico a través de Europa para recabar consejos y apoyos. ¿No parece indicar todo ello la existencia de una organización efectiva que, aparte de su intervención en cada Estado particular, controla en conjunto la vida de las naciones, formando un

(1) Véase el texto íntegro en CRISTIANDAD, núm. 53, págs. 219 y 220.

organismo supraestatal capaz en un momento dado de influir en los destinos de la sociedad universal?

Y aquí se plantea el problema gravísimo de la influencia de las sociedades secretas de todo orden en el desenvolvimiento de todos los pueblos; influencia que lleva impregnada en su mismo seno el germen de su ruina final y la negación más absoluta de la independencia y de la dignidad nacionales.

Objeto de la masonería

«En espacio de siglo y medio —dice León XIII— la secta de los masones se ha apresurado a lograr aumentos mayores que cuanto podía esperarse, y entrometiéndose por la audacia y el dolor en todos los órdenes de la república, ha comenzado a tener tanto poder que parece haberse hecho casi dueña de los Estados;... y se ha llegado a punto de temer grandemente para el porvenir... de aquellas naciones en que logra grandes influencias la secta de que hablamos u otras semejantes que se le agregan como auxiliares y satélites» (2).

¿Qué peligro es éste que señala el Papa? Los hechos explicados anteriormente nos muestran dos casos concretos de intervención violenta, pero nos atreveríamos a decir que no es ésta la peor amenaza que las sectas representan para la sociedad. En el fondo de la campaña de odios y violencias se halla latente el auténtico espíritu de maldad que hace converger todo ese cúmulo de horrores hacia su designio supremo. Cual sea ese designio, lo declara el propio Pontífice: «De los ciertos indicios que hemos mencionado antes, resulta el último y principal de sus intentos, a saber: *el destruir hasta los fundamentos todo el orden religioso y civil establecido por el cristianismo, levantando a su manera otro nuevo con fundamentos y leyes sacados de las entrañas del naturalismo.*»

¡Ahí radica la terrible amenaza! Dos principios fundamentales aplica el naturalismo en el gobierno de los Estados: «La fuente de todos los derechos y obligaciones civiles está o en la multitud o en el Gobierno de la nación, informado, por supuesto, según los nuevos principios. Conviene, además, que el Estado sea ateo; no hay razón para anteponer una u otra entre las varias religiones, sino todas han de ser igualmente consideradas.» Porque, en realidad, los fautores del naturalismo —cita el Papa palabras de

(2) León XIII Enc. *Humanum genus*.

San Agustín—, «no quieren que el Estado se asiente sobre la solidez de las virtudes, sino sobre la impunidad de los vicios» (3).

Por todas estas razones, el ilustre Obispo Dr. Torras y Bages señalaba la incompatibilidad absoluta entre el Estado cristiano y la masonería, y sentenciaba: «*O la sociedad pública matará a la sociedad secreta, o la sociedad secreta matará a la sociedad pública*» (4). El dilema no admite posiciones intermedias acomodaticias, tan del gusto de los que se jactan de dominar el secreto de la táctica política. Y se comprende perfectamente que sea así. ¿Cómo un Estado que se declare cristiano puede permitir la existencia de organizaciones enemigas de la Iglesia y de la sociedad?

Además, la masonería y las sectas similares, al alejar a la Iglesia de su misión sacratísima en la vida social, dejan al Estado privado de los más elementales medios de defensa, con lo cual no es extraño que caiga aquél inmediatamente bajo el control despótico de los dirigentes de las logias, quienes se erigirán en conductores despiadados de los destinos del pueblo, amparados en las fórmulas acomodaticias de un liberalismo opresor.

«El objeto de la masonería —define Torras y Bages— es usurpar al Estado la dirección temporal de la sociedad que legítimamente le corresponde y Dios le tiene confiada.» Después viene la lucha dura y tenaz contra la Iglesia de Cristo. Primero coloca a ésta —en nombre de una falsa libertad— al mismo nivel de las falsas religiones y aun del ateísmo; más tarde aparece la guerra declarada a fin de lograr su destrucción. «Al repudiar el Estado a la Iglesia —concluye el sabio Obispo— para unirse a la masonería, al tomar el pensamiento masónico como criterio de gobierno, comienza seguidamente una era de persecución contra los católicos; no habrá, tal vez, torturas para el cuerpo, será persecución legal, pero habrá tormentos exquisitos para el espíritu; el Estado se convierte en verdugo de la Iglesia, y en sus manos la Ley es el cruel lazo corredizo que ahoga aquella hija del cielo, para quitarle la respiración y la vida» (5).

¿Cabe una explicación más amplia y convincente de la perversidad del sistema masónico y del doctrinarismo naturalista que trata de infiltrar como activo veneno en el cuerpo social?

J. C.

(3) León XIII Enc. citada.

(4) Torras y Bages *¿Qué es la masonería?*, Obras completas, vol. XIV.

(5) Torras y Bages, Obra citada.

Vivir según la verdad, es vivir según Dios

Quando vive el hombre según el hombre y no según Dios, es semejante al demonio; porque ni el ángel debió vivir según el ángel, sino según Dios, para que perseverara en la verdad y hablara verdad, que es fruto propio de Dios, y no mentira, que es de su propia cosecha.

Por eso cuando vive el hombre según la verdad, no vive conforme a sí mismo, sino según Dios; porque el Señor es el que dijo: «Yo soy la Verdad»; y cuando vive conforme a sí mismo, esto es según el hombre y no según Dios, sin duda que vive según la mentira, no porque el mismo hombre sea mentira, pues Dios que es autor y creador del hombre, ni es autor ni creador de la mentira, sino porque de tal suerte creó Dios recto al hombre, que viviese no conforme a sí mismo sino conforme al que le creó, esto es para que hiciese no su voluntad, sino la de su Creador.

San Agustín. *De Civitate Dei*, XIV, 4.

El reino de Dios y el reino de Satanás

El humano linaje, después de haberse, por envidia del demonio, miserablemente separado de Dios, creador y dador de los bienes celestiales, *quedó dividido en dos bandos diversos y adversos*, de los cuales *el uno combate asiduamente por la verdad y la virtud, y el otro por cuanto es contrario a la virtud y a la verdad*. EL UNO ES EL REINO DE DIOS EN LA TIERRA, es decir, la verdadera Iglesia de Jesucristo, a la cual, quien quisiere estar adherido de corazón y según conviene para la salvación, necesita servir a Dios y a su unigénito Hijo con todo su entendimiento y toda su voluntad; el otro es el reino de Satanás.

Pueblos y Estados deben culto a Dios

De hecho, la sociedad humana a que nos sentimos naturalmente inclinados fué constituida por Dios, autor de la naturaleza, y de El emana, como de principio y fuente, toda la copia y perennidad de los bienes innumerables en que la sociedad abunda. Así, pues, como la misma naturaleza enseña a cada uno en particular a dar piadosa y santamente culto a Dios, por tener de El la vida y los bienes que la acompañan, así, y por idéntica causa, incumbe este mismo deber a pueblos y Estados.

Principios y fuentes de la ciencia de lo justo y de lo injusto

Un Dios creador del mundo y su pródigo gobernador; una ley eterna que manda conservar el orden natural y veda el perturbarlo; un fin último del hombre, mucho más excelso que todas las cosas humanas y más allá de esta posada terrestre; éstos son los principios y fuente de toda honestidad y justicia; y suprimidos éstos, como suelen hacerlo naturalistas y masones, falta inmediatamente todo fundamento y defensa a la ciencia de lo justo y de lo injusto.

La Iglesia proporciona dignidad y respeto al poder civil

La Iglesia, en cambio, como que manda obedecer primero y sobre todo a Dios, Soberano señor de todas las cosas, no podría, sin injuria y falsedad, ser tenida por enemiga de la potestad civil, usurpadora de algún derecho de los príncipes; antes bien, quiere que se dé al poder civil, por dictamen y obligación de conciencia, cuanto de derecho se le debe; y al hacer dimanar de Dios mismo, conforme hace la Iglesia, el derecho de mandar, da gran incremento a la dignidad del poder civil y no leve apoyo para captarse el respeto y benevolencia de los ciudadanos.

Paz, concordia y normas de buen gobierno

Amiga de la paz, la misma Iglesia fomenta la concordia, abraza a todos con maternal cariño y, ocupada únicamente en ayudar a los hombres, enseña que conviene unir la justicia con la clemencia, el mando con la equidad, las leyes con la moderación, que no ha de violarse el derecho de nadie, que se ha de servir al orden y tranquilidad pública y aliviar cuanto sea posible, pública y privadamente, la necesidad de los menesterosos.

Hay que arrancar la máscara a la masonería

Vuestra prudencia os dictará el mejor modo de vencer los obstáculos y las dificultades que se alzarán; pero como es propio de la autoridad de nuestro ministerio el indicaros Nos mismo algún medio que estimemos más conducente al propósito, quede sentado que lo primero que procuréis sea arrancar a los masones su máscara, para que

sean conocidos tales cuales son; que los pueblos aprendan por vuestros discursos y pastorales, dados con este fin, las malas artes de semejantes sociedades para halagar y atraer la perversidad de sus opiniones y la torpeza de sus hechos.

Prohibición terminante

Que ninguno que estime en lo que debe su profesión de católico y su salvación, juzgue serle lícito dar su nombre a la secta masónica, como repetidas veces lo prohibieron nuestros antecesores.

La verdadera libertad, igualdad y fraternidad

... Que vuelvan los corazones a la libertad, fraternidad e igualdad, no como absurdamente las conciben los masones, sino como las alcanzó Jesucristo para el humano linaje y las siguió San Francisco; esto es, la libertad de los hijos de Dios, por la que nos veamos libres de la servidumbre de Satanás y de las pasiones, nuestros pervertidos tiranos; la fraternidad que dimana de ser Dios nuestro creador y Padre común de todos; la igualdad que, teniendo por fundamentos la caridad y la justicia, no borra toda diferencia entre los hombres, sino que con la variedad de condiciones, deberes e inclinaciones forma aquel admirable y armonioso acuerdo que pide la misma naturaleza para la utilidad y dignidad de la vida civil.

Nunca será bastante cuanto se haga por preservar a la juventud

En cuarto lugar, y para obtener más fácilmente lo que intentamos, con el mayor encarecimiento encomendamos a vuestra fe y a vuestros desvelos la juventud, esperanza de la sociedad. Poned en su educación vuestro principal cuidado, y nunca, por más que hagáis, creáis haber hecho lo bastante para preservar a la adolescencia de las escuelas y maestros de que pueda tomarse el aliento pestilente de las sectas. Exhortad a los padres, a los directores espirituales, a los párrocos, a que insistan, al enseñar la doctrina cristiana, en avisar oportunamente a sus hijos y alumnos de la perversidad de estas sociedades, y que aprendan, desde luego, a precaverse de las fraudulentas y varias artes que suelen emplear sus propagadores para enredar a los hombres.

Firme unión e intensa oración como remedio

Levántase insolente y regocijándose de sus triunfos la secta de los masones, ni parece poner ya límites a su pertinacia. Préstanse mutuo auxilio sus sectarios, todos unidos en nefando consorcio por comunes ocultos designios, y unos a otros se excitan a todo malvado atrevimiento. Tan fiero asalto pide igual defensa; es, a saber: que todos los buenos se unan en amplísima coalición de obras y oraciones. Les pedimos, pues, por un lado, que, estrechando las filas, firmes y de mancomún, resistan los impetus cada día más violentos de los sectarios; por otro, que levanten a Dios las manos y le supliquen con grandes gemidos, para alcanzar que florezca con nuevo vigor la religión cristiana, que goce la Iglesia de la necesaria libertad; que vuelvan a la buena senda los descarriados, y, al fin, abran paso a la verdad los errores y los vicios a la virtud.

El reino de Satanás

... El otro es el reino de Satanás, bajo cuyo imperio y potestad se encuentran todos los que, siguiendo los funes-
tos ejemplos de su caudillo y de nuestros primeros padres, rehusan obedecer la ley divina y eterna, y acometen empresas contra Dios o prescindiendo de Dios mismo.

La secta masónica es tan perniciosa para el Estado como para la Religión

... En efecto, puesta en claro la naturaleza e intento de la secta masónica por indicios manifiestos, por procesos instruidos, por la publicación de sus leyes, ritos y anales, allegándose a esto muchas veces las declaraciones mismas de los cómplices, esta Sede Apostólica denunció y proclamó abiertamente que la secta masónica, constituida contra todo derecho y conveniencia, era no menos perniciosa al Estado que a la Religión cristiana.

Las diversas sectas son secretas y concordantes con la masónica

Hay varias sectas que, si bien diferentes en nombre, ritos, forma y origen, unidas entre sí por cierta comunión de propósitos y afinidad entre sus opiniones capitales, concuerdan de hecho con la secta masónica, especie de centro de donde todas salen y adonde todas vuelven. Estas, aunque aparenten no querer en manera alguna ocultarse en las tinieblas y tengan sus juntas a vista de todos, y publiquen sus periódicos, con todo, bien miradas, son un género de sociedades secretas, cuyos usos conservan.

Reino de la mentira

Con mentidas apariencias y arte constante de fingimiento procuran los masones con todo empeño, como en otro tiempo los maniqueos, ocultarse y no tener otros testigos que los suyos. Buscan hábilmente subterfugios, tomando la máscara de literatos y sabios que se reúnen para fines científicos, hablan continuamente de su empeño por la civilización, de su amor por la infima plebe, que su único deseo es mejorar la condición de los pueblos y comunicar a cuantos más puedan las ventajas de la sociedad civil.

Por los frutos conoceréis el árbol

«No puede el árbol bueno dar malos frutos, ni el árbol malo dar buenos frutos», (1) y los frutos de la secta masónica son, además de dañosos, acerbísimos. Porque los certísimos indicios que hemos mencionado antes, resulta el último y principal de sus intentos, a saber: el destruir hasta los fundamentos todo el orden religioso y civil establecido por el Cristianismo, levantando a su manera otro nuevo con fundamentos y leyes sacadas de las entrañas del *Naturalismo*.

Separación de la Iglesia y el Estado

Mucho tiempo ha que se trabaja tenazmente para anular en la sociedad toda ingerencia del magisterio y autoridad de la Iglesia, y a este fin se pregona y contiende deberse separar la Iglesia y el Estado, excluyendo así de las leyes y administración de la cosa pública el muy saludable influjo de la religión católica, de lo que se sigue la pretensión de que los Estados se constituyan hecho caso omiso de las enseñanzas y preceptos de la Iglesia. Ni les basta con prescindir de tan buena guía como la Iglesia, sino que la agravan con persecuciones y ofensas.

La igualdad de cultos grande error de estos tiempos

... Si no se obliga a los adeptos a abjurar expresamente la fe católica, tan lejos está esto de oponerse a los intentos masónicos, que antes bien sirve a ellos. Primero, porque éste es el camino de engañar fácilmente a los sencillos e incautos y de atraer a muchos más; y después, porque, abriendo los brazos a cualquiera y de cualquiera religión, consiguen persuadir de hecho el *grande error de estos*

tiempos, a saber: el indiferentismo religioso y la igualdad de todos los cultos; conducta muy a propósito para arruinar toda religión, singularmente la católica, que, como única verdadera, no sin suma injuria puede igualarse a las demás.

La inmoralidad creciente obra del Naturalismo y de la Masonería

... Los naturalistas y masones, que ninguna fe dan a las verdades reveladas por Dios, niegan que pecara nuestro primer padre, y estiman, por tanto, al libre albedrío en nada menguado en sus fuerzas ni inclinado al mal (2). Antes por el contrario, exagerando las fuerzas y excelencias de la naturaleza, y poniendo en ella únicamente el principio y norma de justicia, ni aun pensar pueden que para calmar sus ímpetus y regir sus apetitos se necesite de asidua pelea y constancia suma. De aquí vemos ofrecerse públicamente tantos estímulos a los apetitos del hombre: periódicos y revistas sin moderación ni vergüenza alguna; obras dramáticas licenciosas en alto grado; asuntos para las artes sacados con protervia de los principios de ese que llaman *realismo*; ingeniosos inventos para las delicadezas y goces de la vida; rebuscados, en suma, toda suerte de halagos sensuales, a los cuales cierre los ojos la virtud adormecida.

Empeño en arrebatar la educación de la juventud

También tiene puesta la mira, con suma conspiración de voluntades, la secta de los masones en arrebatar para sí la educación de los jóvenes. Ven cuán fácilmente pueden amoldar a su capricho esta edad tierna y flexible, y torcerla hacia donde quieran, y nada más oportuno para formar en la sociedad una generación de ciudadanos tal cual ellos se la forjan.

Revoluciones y trastornos, consecuencias de estos errores

Sin esto, los turbulentos errores que llevamos enumerados han de bastar por sí mismos para infundir a los Estados miedo y espanto. Porque, quitado el temor de Dios y el respeto a las leyes divinas, menospreciada la autoridad de los Príncipes, consentida y legitimada la manía de las revoluciones, sueltas con la mayor licencia las pasiones populares, sin otro freno que la pena, ha de seguirse por fuerza universal mudanza y trastorno. Y aun precisamente esta mudanza y trastorno es lo que nfy de pensado maquinan y ostentan de consuno muchas sociedades de *comunistas* y *socialistas*, a cuyos designios no podrá decirse ajena la secta de los masones.

La táctica masónica

Al insinuarse con los Príncipes, fingiendo amistad, pusieron la mira los masones en lograr en ellos socios y auxiliares poderosos para oprimir a la religión católica, y, para estimularlos más, acusaron a la Iglesia con porfíandisima calumnia de contender envidiosa con los Príncipes sobre la potestad y reales prerrogativas. Afianzados ya y envalentonados con estas artes, comenzaron a influir sobremanera en los Gobiernos, prontos, por supuesto, a sacudir los fundamentos de los Imperios y a perseguir, calumniar y destronar a los Príncipes, cuando ellos no se mostrasen inclinados a gobernar a gusto de la secta. No de otro modo engañaron, adulándolos, a los pueblos. Voceando libertad y prosperidad pública, haciendo ver que por culpa de la Iglesia y de los Monarcas no había salido ya la multitud de su inicua servidumbre y de su miseria, engañaron al pueblo, y, despertada en él la sed de novedades, le incitaron a combatir ambas potestades.

(1) Matth., cap. VII, v. 18.

(2) Conc. Trid., Ses. VI, *De Justif.* c. 1.

(Fragmentos de la Encíclica *Humanum genus*, de 20 de abril de 1854, de S. S. el Papa León XIII).

La esperanza de las naciones, signo de contradicción

DE LA REPULSION PRODUCIDA EN EL ESPIRITU POR LA DOCTRINA CATÓLICA

(Fragmentos de una conferencia pronunciada en Notre-Dame de París por el Padre Lacordaire, el año 1843, del ciclo «Sobre los efectos de la doctrina católica sobre el espíritu»)

Cuando el viejo patriarca Jacob estaba sobre su lecho de muerte, reunió en derredor a su posteridad; y abriéndole para su instrucción y la nuestra el vasto campo del porvenir, dijo a uno de sus hijos que se llamaba Judas: *No será quitado de Judá el cetro, hasta que venga el que ha de ser enviado, y él será la expectación de las gentes.* Así, el primer carácter por el cual Cristo, Hijo de Dios, hecho hombre, fué expresamente designado en las profecías, fué el ser la esperanza de las naciones. Y más tarde, al fin de la edad profética, otro de los enviados de Dios decía: *Aun falta un poco, y moveré el cielo y la tierra, y vendrá el deseado de todas las naciones.* Y, sin embargo, Señores, otro profeta clamaba también con estilo bien diferente: *¿Por qué bramaron las gentes, y los pueblos meditaron cosas vanas? Asistieron los reyes de la tierra, y se mancomunaron los príncipes contra el Señor, y contra su Cristo, y dijeron: Destrochemos sus ataduras, y sacudamos de nosotros su yugo.* Cristo, pues, está designado a la vez bajo estos dos caracteres contradictorios de ser la esperanza y el amor de los pueblos y objeto de su furor y de sus conjuraciones.

Cuando Cristo fué presentado al templo, ¿cuál es la primera palabra, cristianos y Señores, hombres de la Iglesia y hombres de este siglo, que podéis leer, aunque con pensamientos diferentes, en la historia de que sois hijos y que aun se forma hoy por vuestras propias manos, cuál es la primera palabra que se le dijo? Un anciano tomó en sus manos aquel niño que acababa de nacer, le contempló con un amor del cual ningún amor humano puede dar idea, y pronunció delante de su madre esta frase: *He aquí que éste es puesto para ser la ruina y la resurrección de muchos en Israel, y para señal a que se hará contradicción.* Y, en fin, cuando este niño, ya más crecido, rociaba el mundo con sus sudores divinos, dirigiéndose a los pescadores que había elegido por discípulos, les revelaba en estos términos su propio destino, y el destino de todos sus sucesores: *No penséis que vine a meter paz sobre la tierra, sino espada: porque vine a separar al hombre contra su padre, y a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra, y los enemigos del hombre serán los de su casa. — El hermano entregará a muerte al hermano, y el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres y los harán morir, y seréis aborrecidos de todos por mi nombre.* Y la víspera de su muerte, les decía: *En el mundo viviréis en medio de las persecuciones; mas tened confianza, que yo he vencido al mundo.*

Señores, ved aquí las profecías, ved lo que estaba escrito antes de los hechos, y vosotros sabéis la historia; pero acaso no habéis meditado esta historia; acaso no conocéis completamente la guerra que se nos ha hecho.

Quiero demostraros que si la doctrina católica produce en el espíritu humano una certidumbre racional, como hemos visto, produce también una viva repulsión; de modo que siendo el fenómeno complejo, no basta haber examinado una de sus partes, si no examinamos también la otra, para buscar las causas y deducir una consecuencia.

La lucha contra la Iglesia causa de la impotencia de los hombres de Estado

Hay tres razones que gobiernan el mundo y que reasumen la razón total de la humanidad, a saber: la razón de

los hombres de Estado, la razón de los hombres de genio y la razón popular.

La razón de los hombres de Estado es naturalmente una razón elevada y religiosa. Sí, Señores, en medio de vuestras preocupaciones de esta época, acaso os sorprende lo que digo; pero es cierto que la razón de los hombres de Estado es una razón elevada y religiosa. Es una razón elevada, porque cuanto más alto se encuentra uno, más ve; el que está sentado al timón, tiene revelaciones que desconoce el pasajero dentro de su camarote; y cuando tiene uno no sólo los hilos del gobierno de una nación, sino también esos hilos que están tejidos y mezclados con todos los que componen el conjunto del movimiento general de la humanidad, conoce por una parte las dificultades, y por otra su propia debilidad.

Es también una razón religiosa la razón de los hombres de Estado, porque la primera cosa que siente uno cuando es llamado a gobernar una nación es la impotencia en que se encuentra de gobernarla: porque no se gobierna a los hombres sino con la fuerza o con las ideas.

Pues bien, Señores, esa razón de los hombres de Estado, razón elevada y religiosa, ha estado desde un principio en contra de nosotros. No sólo eran hombres de Estado como Nerón y Tiberio los que nos perseguían, sino hombres de Estado como Trajano y Marco Aurelio, es decir, hombres que en el fondo tenían un carácter grande y generoso, y acreditaban un verdadero genio en el gobierno de los negocios romanos. Estos hombres fueron contra nosotros; y lo mismo aconteció con la mayor parte de los hombres de Estado del bajo imperio. Después del bajo imperio vino el santo imperio romano; y su historia, con muy pocas excepciones, es la de una lucha perpetua con la Santa Sede y la Iglesia católica; después vino el siglo xvi, en que la conjuración de los hombres de Estado contra la Iglesia de Cristo la hizo desmoronarse en parte de Europa. Por último, todo el mundo sabe, y lo digo sin entrar en pormenores y con todo el respeto debido a los poderes de la tierra, todo el mundo sabe que hoy día la mayor parte de los hombres de Estado de Europa son hostiles a la doctrina católica y la combaten por cuantos medios están a su alcance. Ahora bien, Señores, éste es un fenómeno extraño y que no tiene ejemplo en otra parte: buscad en el paganismo un solo hombre de Estado que lo haya combatido; buscad en el mahometismo un solo hombre de Estado que haya sido su enemigo; buscad uno en el cisma griego, en el protestantismo, en las sectas cristianas, y no descubriréis uno solo, yo os lo aseguro.

El genio se acerca a Dios o es enemigo declarado de Dios

Lo mismo sucede con la razón de los hombres de genio. ¿Qué es el genio? Es un alma en la que la imaginación, la inteligencia y el sentimiento se hallan en una proporción elevada, y en ecuación exacta: es un alma que tiene una vista penetrante de las ideas, que las encarna prodigiosamente en el mármol, en el bronce, en la palabra, y en ese polvo que llamamos escritura, comunicándoles también un movimiento de corazón para transmitir las vivas al corazón de los demás. El genio es con la conciencia la más bella dotación de la humanidad; se puede despo-

LA PROFECIA DE SIMEÓN



Había a la sazón en Jerusalén un hombre llamado Simeón, y este hombre justo y temeroso de Dios esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo moraba en él. Y le había revelado el Espíritu Santo que él no moriría sin ver antes al Cristo del Señor. Y vino por espíritu al templo. Y al presentar al Niño Jesús sus padres para cumplir con él según la costumbre de la Ley, tomólo él en sus brazos y bendijo a Dios y dijo:

Ahora, Señor, dejes a tu siervo en paz, según tu palabra; porque mis ojos han visto tu salud, la cual has aparejado ante la faz de todos los pueblos. Luz para iluminar a los gentiles y gloria de Israel tu pueblo.

Y su padre y su madre escuchaban con admiración las cosas que de él se decían.

Y los bendijo Simeón y dijo a María, su madre: He aquí que éste está constituido para ruina y resurrección de muchos en Israel, y como señal a quién se contradice – y a tí misma una espada te traspasará el alma – para que se revelen los pensamientos de muchos corazones.

Luc. 2, 25-35.

jar al hombre de su poder, de su fortuna; pero el genio es invulnerable como la conciencia.

Sólo por esta definición concebís que el genio es una razón elevada y religiosa. Porque, ¿qué queréis que vean los hombres de genio, sino lo infinito? ¿Esperáis que el genio adopte por su país natal la materia? ¿Creéis que habitará el genio entre los insectos y los astros, entre esas dos extremidades de las cosas visibles, y que se acuartelará allí, y se acomodará con esta herencia? ¡Ah!, que una ciencia fría y muerta adopte la materia por dominio, ése es su destino; pero el genio no aceptará nunca la cárcel de la materia; siempre traspasará los mundos; siempre dirá como Lucifer: «Me levantaré del lado del Aquilón sobre la montaña, y colocaré mi trono al lado del trono de Dios.» Por esto mismo es una razón religiosa; porque cuando uno se halla en tal altura, cuando se llega a Dios, se está en la religión. ¿Y qué es lo que impide comúnmente ser religioso? Una pequeñez de espíritu hija del mundo presente, una frialdad de alma que no puede sentir el amor de Dios, que sufre cuando se dice que Dios se hizo hombre y murió por nosotros. Pero el genio, en medio de las llamas que le devoran, comprende que Dios se haya hecho pequeño y que haya muerto: nadie comprende mejor la humillación voluntaria que el espíritu elevado; por eso los espíritus sublimes de la antigüedad han respetado y propagado la fe religiosa.

Sin embargo, Señores, los hombres de genio han sido nuestros contrarios desde el primer momento del cristianismo. Sabéis los ataques de los filósofos de Alejandría, y después la sucesión de los heresiarcas Arrio, Focio y Lutero. Esto no era, sin embargo, más que el preludio: paso rápidamente sobre estos hechos para llegar al hecho capital, a esa conjuración de los hombres de genio que se reúnen para declarar la guerra al cristianismo, llamando en términos propios al Hijo de Dios, delante de quien debe doblarse toda rodilla sobre la tierra, en el cielo y en los infernos, llamándole con el nombre de *infame*, convocando a toda la humanidad para destruir sus altares, y la Europa respondiendo a esta conspiración de la incredulidad constituida en una verdadera potencia. Este hecho no se ha visto en ninguna otra parte, ni entre los paganos, ni entre los mahometanos, ni en ninguna otra religión, por miserable que fuese; es particular al cristianismo, y seguramente tengo derecho de sorprenderme y de exigir también que os sorprendáis vosotros.

También el pueblo se ha levantado contra Cristo

Llego, Señores, a la razón popular. La razón popular es el buen sentido práctico de la vida. El pueblo no estudia ni estudiará nunca, el pueblo no es sabio ni lo será jamás. Dios, en cambio de la filosofía y de la ciencia, le ha dado un instinto de la vida, y sabe discernir hasta cierto punto en todo lo que le rodea lo verdadero, lo bueno, lo útil.

Ved aquí lo que se llama la razón popular. Esta razón es la que salva al mundo cuando los hombres de Estado y los hombres de genio faltan a su misión y hacen traición a la causa de la humanidad haciéndosela a la causa de Dios. Esta es la razón de los hombres de trabajo, del jornalero, del pobre, que se opone al extravío de los hombres de Estado y de los hombres de genio. ¡Oh, pueblo a quien Jesús amaba! ¡Oh, pueblo, yo te bendigo porque has recibido de Dios bastante entendimiento e instinto para luchar contra la traición de tus señores, cuando abusan contra ti de su dignidad y de su fuerza! Y, sin embargo, Señores, esta razón popular se ha vuelto contra nosotros, y esto es lo que me sorprende más que todo; porque se concibe que Dios humille a un príncipe, que le retire la luz para castigar su orgullo, que acabe de humillar a un hombre de genio extraviado; pero que se haya podido engañar a este pobre pueblo, desnaturalizar sus

instintos, que se haya podido persuadir que la Iglesia, que ha venido a ensalzarle, que ha desterrado la servidumbre, quería esclavizarle; que se le haya podido persuadir de lo que se ha podido persuadir a los paganos, a los mahometanos, a los protestantes, a los salvajes; que se le haya podido persuadir que le era lícito destruir los altares de nuestro Señor Jesucristo, que los haya demolido, que haya hollado con sus plantas esos Santos, esos patronos cuyos nombres habían recibido en el bautismo; que haya profanado hasta los tabernáculos en que reposaba sin defensa el objeto de sus adoraciones en el día anterior, ved aquí lo que es inexplicable, ved aquí lo que se ha observado en la Iglesia católica, y lo que no se ha visto en ninguna otra parte alguna.

Si la doctrina católica ha tenido por adversarios a los hombres de Estado y a los hombres de genio, cuenta también muchos que le fueron adictos; si el pueblo ha destruido sus templos, también el pueblo es el que los ha levantado: mas no por eso deja de subsistir el problema, ni es menos intrincado. ¿Por qué hay, pues, en la humanidad dos razones en lucha? ¿Somos acaso como Panteo, cuando herido por los dioses veía dos Tebas en la Grecia y dos soles en el universo?

¿La resolveremos diciendo que hay en la doctrina católica bien y mal, bien que atrae y mal que repele? Pero cuando hay bien y mal en una cosa, esta cosa es mediana, no es ni soberanamente amada, ni soberanamente aborrecida; se la tolera, se la deja pasar, como se deja pasar a un hombre vulgar sin verle. Ahora bien, la humanidad no pasa al lado de la doctrina católica, sino que se apodera de ella para atacarla o para adorarla; se hace su adoradora o su enemiga, y esto constantemente desde hace diez y ocho siglos. Ved aquí, otra vez, cuál es la cuestión.

Llego a la conclusión.

En toda doctrina intrínsecamente considerada he dicho ya que no descubriréis más que dos elementos, el error o la verdad: la verdad, que da valor a la doctrina; y el error, que le quita su precio. Luego, para explicar el fenómeno del antagonismo del espíritu humano respecto de la doctrina católica, no contaron más que con dos elementos posibles; el error o la verdad. Ahora bien, yo digo que el error no explica este antagonismo, y aunque no pueda producirlo, porque el error no produce certidumbre racional, es decir, una convicción reflexiva, soberana e inmutable; y así lo he demostrado en el sermón antecedente. En segundo lugar, *tampoco el error produce respecto de sí mismo esa repulsión profunda y perseverante que se manifiesta en la humanidad respecto de la doctrina católica*, porque el error halaga al hombre; porque nunca, en ningún lugar ni tiempo, le ha aborrecido vigorosa y perseverantemente como la doctrina católica. *Queda, pues, la verdad como causa del antagonismo que nos ocupa*; y en efecto, la verdad debe engendrar por una parte la certidumbre y el amor, y por otra parte la repulsión más obstinada. Si el hombre posee un alma inteligente, tiene también un corazón corrompido; ama su libertad y sus vicios; sufre con impaciencia que se le condene, y como nada hay más puro en el mundo que la doctrina católica, como es la santidad por excelencia, debe naturalmente excitar contra sí misma una repulsión tan fuerte como el amor que inspira y obtiene.

Ved aquí, Señores, en dos palabras la solución del problema. Habéis visto en vosotros dos polos: uno que conduce a la verdad y otro que es su antípoda. Este es el pensamiento de S. Pablo cuando dice que conoce en su ser dos hombres, uno que se conforma con el espíritu de Dios y otro que se rebela contra él. Lo que prueba la verdad de la doctrina católica no es solamente la certidumbre racional que ella exige, sino también la repulsión que engendra; si no produjera estos dos fenómenos contradictorios, siendo el hombre lo que es, no sería ella santa, verdadera y divina.

Mensaje de Su Santidad el Papa Pío XII en la víspera de Navidad

«Confirma fratres tuos»

Aquellas palabras, graves y tiernas a un mismo tiempo, como testamento y adiós de despedida de un Padre amantísimo, que el Divino Redentor dirigió a su primer Vicario en la tierra, «Confirma fratres tuos» («Confirma a tus hermanos») (Luc., 22, 32), no han cesado de resonar en nuestra alma y en nuestro corazón desde el día en que El, en sus inescrutables designios, quiso confiar a nuestras débiles manos el timón de la navicilla de Pedro.

Palabras inmortales, profundamente grabadas en lo más íntimo de nuestra alma, que se hacen todavía más penetrantes cada vez que en el ejercicio del ministerio apostólico hemos de comunicar al episcopado y a los fieles de todo el mundo las enseñanzas, las normas, las exhortaciones, que reclama la plena realización de la misión salvadora de la Iglesia, y que sin perjuicio de su inmutabilidad substancial han de adaptarse, sin embargo, oportunamente a la perenne mutabilidad de las circunstancias y a la variedad de tiempos y lugares.

Pero experimentamos en Nos mismo con especial conmoción e intensidad la fuerza de aquel mandato divino en este momento, cuando por décima vez os dirigimos, queridos hijos del mundo entero, nuestro mensaje navideño, al acabar un decenio de que no tiene igual en la historia secular de la Humanidad, en cuanto a acontecimientos y agitaciones, a trabajos y ansiedades, a dolores y amarguras.

Cuando en las últimas Navidades pedíamos, con ocasión de esta misma solemnidad, vuestras oraciones y vuestra colaboración, expresábamos el anhelo de que el entonces incipiente año 1948 fuese un año de férvida reconstrucción y comienzo de un rápido caminar hacia una verdadera paz para Europa y para toda la comunidad de los pueblos, atormentada por tantas escisiones.

Hoy, al acabar ya aquel año que se abrió con tantas esperanzas, nuestra voz paternal os invita otra vez a vosotros, almas rectas y pensadoras; a vosotros, cristianos convencidos, a considerar cuál es hoy día la situación de la Humanidad y de la cristiandad, y cuál es el medio para avanzar con paso franco y seguro por la senda que os señalan tanto la dura necesidad de los tiempos cuanto vuestra conciencia.

I. Fervor de vida

Seríamos ingratos para con el Omnipotente, dador de toda gracia y consumidor de todo bien, si dejásemos de reconocer que el año que está acabando, a pesar de todas las angustias y de todos los dolores, ha sido también un año rico en santas alegrías y consuelos, en acertadas experiencias y alentadores éxitos. Es decir, un año durante el cual la Iglesia ha dado en todos los pueblos y naciones, en todos los países y continentes, indudables y espléndidas muestras de vitalidad, de vigor, de actividad, de firmeza y de rápidos progresos, que no solamente corroboran las más luminosas esperanzas en el campo espiritual, sino que también han producido patentes frutos en las gigantescas polémicas en que la Humanidad se encuentra envuelta al luchar por su restablecimiento y pacificación.

Una magnífica serie de solemnidades religiosas, congresos eucarísticos y marianos, importantes conmemoraciones centenarias y grandiosas concentraciones ha mos-

trado a todo observador imparcial que ni la guerra, ni la postguerra, ni la tenacidad de los enemigos de Cristo en sus propósitos disolventes y destructores, han sido capaces de alcanzar para agotarlos o contaminarlos los puros manantiales de donde la Iglesia ha extraído durante veinte siglos su fuerza vital. Nace y bulle por doquier una nueva vida que, especialmente entre la juventud católica, se esfuerza por llevar las verdades del Evangelio y la fuerza salutar de su doctrina a todos los campos de la vida humana para provecho y salvación aun de aquellos que hasta ahora, y con grande daño propio, habían cerrado su corazón a acción tan benéfica.

Quienquiera que posea clarividencia, fuerza moral y valor para mirar cara a cara la verdad, aunque sea penosa y humillante, tendrá, sin duda, que reconocer que este año 1948, objeto en su aurora de una expectación vivísima y muy justificada, aparece hoy, en su ocaso, como una de aquellas encrucijadas en donde el camino, que antes descubría sonrientes perspectivas, parece ahora, por el contrario, que va a desembocar al borde de un precipicio cuyas celadas y cuyos peligros llenan de creciente ansiedad a todos los pueblos nobles y generosos.

Y, no obstante, más aún, precisamente por eso, queridos hijos, cuando el desaliento comienza a adueñarse hasta de los espíritus animosos y la duda asalta a las almas más iluminadas y resueltas, nos sentimos obligados más que nunca a corresponder al divino mandato «Confirma fratres tuos», y enviamos a todos vosotros, hasta los confines últimos del universo, como saludo nuestro navideño, las palabras con que el profeta anunciaba la obra de la Redención y la definitiva victoria del reino de Cristo: «Esforzad las manos flojas y robusteced las rodillas débiles. Decid a los pusilánimes: Buen ánimo, y no temáis; mirad a vuestro Dios..., vendrá y os salvará.» (Is., 35, 3-4.)

Doble sagrado deber

Nos sabemos muy bien, como sucesor de aquel a quien se dirigió la divina promesa «Yo he rogado por ti» (Luc., 22, 32), que cuando la lucha con los espíritus de las tinieblas es más dura y entra en una fase decisiva, y humanamente hablando alarmante, entonces tanto más cerca está el Señor de su Iglesia y de sus fieles.

En la plena seguridad y conciencia de esta asistencia divina recordamos a todos los que se precian del nombre de cristianos y católicos un doble sagrado deber, indispensable para el mejoramiento de la situación presente de la sociedad humana.

1) Inquebrantable fidelidad al patrimonio de verdades que el Redentor ha traído al mundo.

2) Cumplimiento a conciencia del precepto de la justicia y del amor, premisa necesaria para que triunfe en la tierra un orden social digno del divino Rey de la paz.

Heroísmos sublimes

Las duras pruebas que la Iglesia ha soportado como consecuencia de la guerra y de la postguerra, las dolorosas

pérdidas y los graves daños que la han afligido, sólo han conseguido hacer más vigorosa y alentadora su energía y su firmeza; batida por las tempestades y por el oleaje ha conservado intacta, incólume, su substancia vital, y en todos los pueblos donde el profesar la fe católica equivale a sufrir persecución, se han encontrado y se encuentran siempre miles de valientes que, impávidos en medio de los sacrificios, de las proscripciones y de los tormentos, intrépidos ante las cadenas y la muerte, no doblan su rodilla ante el idolo Baal del poder y de la fuerza bruta (cfr. 3 Rgl. 19, 18). Las más de las veces la mayor parte de la gente ignora sus nombres; sin embargo, están escritos con rasgos indelebles en los anales de la Iglesia. Es para Nos un deber glorificar a estos cristianos fieles y esforzados, a estos incansables, a estos valientes, a estos escogidos y bendecidos por Dios, para quienes las estrecheces del momento, los dolores y las lágrimas maternas de la Esposa de Cristo no son escándalo ni locura, sino ocasión y estímulo poderoso para manifestar no con palabras, sino con hechos, la rectitud y el desinterés de sus sentimientos, su absoluta fidelidad y la generosidad sublime de sus corazones. No hay palabras para reconocer dignamente y para ensalzar como se merece el heroísmo de éstos, que son los más fieles entre los fieles. Llegue a todos y a cada uno la expresión de nuestra alabanza y de nuestra gratitud. El Señor, que ha prometido acordarse ante su Padre celestial de los que lo hayan confesado ante los hombres (confróntese Mat., 10, 32), será su eterna recompensa.

Dolorosos naufragios

Sin embargo, si la constancia y la firmeza de tantos hermanos en la fe es para Nos fuente de alegría y de santo orgullo, no podemos eludir la obligación de mencionar también a aquellos cuyas ideas y sentimientos llevan el sello del espíritu y de la dificultad del momento. ¡Cuántos han padecido detrimento y hasta han naufragado en la fe y en la misma creencia de Dios! ¡Cuántos, intoxicados por un ambiente de laicismo o de hostilidad hacia la Iglesia, han perdido la lozanía y la serenidad de una fe que hasta ahora había sido el sostén y la luz de su vida! Otros,

extirpados y arrancados del suelo nativo, yerran a la ventura, expuestos, especialmente los jóvenes, a una decadencia espiritual y moral, cuyo peligro no se puede apreciar de modo suficiente.

La mirada maternal de la Iglesia sigue con amor vigilante y redoblada solicitud a esas almas, por el momento perdidas o en peligro de perderse. La Iglesia no se irrita; la Iglesia ora; la Iglesia espera, espera la vuelta de sus hijos, preocupándose por encontrar los medios aptos para acelerar esa hora. Para conseguir esto no retrocede ante ningún sacrificio; ninguna fatiga le es demasiado pesada para tal fin. La Iglesia está dispuesta a todo. A todo, menos a una cosa; que no se le pida conseguir el retorno de sus hijos separados — ya en tiempos pasados, ya recientes — a precio de cualquier menoscabo o mácula en el depósito de la fe cristiana, confiado a su custodia.

Amargas separaciones

Nos parece oportuno aclarar brevemente algunas desabridas afirmaciones que han brotado de los labios de algunos disidentes contra la Iglesia católica y el Papado. Nuestro deber de caridad y de amor no ha de sufrir mengua, ciertamente, ni por los ataques ni por las injurias. Sabemos distinguir entre los pueblos, privados con frecuencia de libertad, y su régimen de gobierno. Conocemos la servil dependencia que algunos representantes de la confesión llamada «ortodoxa» manifiestan hacia una ideología cuyo fin último, repetidas veces declarado, es la eliminación de toda idea cristiana. No ignoramos el amargo camino que deben recorrer muchos de nuestros queridos hijos, a los que un sistema de franca violencia ha arrastrado a la separación formal de la madre Iglesia, a la cual les unían sus más íntimas convicciones. Con el corazón conmovido admiramos la heroica firmeza de los unos; con profundo dolor y con el mismo amor paternal contemplamos las angustias espirituales de los otros, cuya fuerza exterior de resistencia ha cedido bajo el exceso de una presión injusta, llegando a sufrir una escisión externa que su corazón aborrece y su conciencia reprueba.

II. El católico en el atormentado mundo moderno

La fidelidad del católico al divino patrimonio de verdad, legado por Jesucristo al magisterio de la Iglesia, de ningún modo le condena a una recelosa reserva o a una fría indiferencia frente a los graves y urgentes deberes de la hora presente, como no pocos creen o fingen creer.

Por el contrario, el espíritu y el ejemplo del Señor, que vino para buscar y salvar lo que estaba perdido; el precepto del amor y, en general, el sentido social que irradia la buena nueva; la historia de la Iglesia, que demuestra cómo ella ha sido siempre el más firme y constante sostén de todas las fuerzas del bien y de la paz; las enseñanzas y las exhortaciones de los Romanos Pontífices, especialmente en el decurso de los últimos decenios, sobre la conducta de los cristianos para con el prójimo, con la sociedad y el Estado, todo ello proclama la obligación del creyente de preocuparse, según su condición y sus posibilidades, con desinterés y valor, de las cuestiones que un mundo atormentado y agitado debe resolver en el campo de la justicia social, no menos que en el orden internacional del derecho y de la paz.

Un cristiano convencido no puede encerrarse en un cómodo y egoísta «aislamiento» cuando es testigo de las necesidades y de las miserias de su hermano; cuando le llegan los gritos de socorro de los desheredados de la fortuna; cuando conoce las aspiraciones de las clases trabajadoras hacia unas condiciones de vida más razonables y justas; cuando se da cuenta de los abusos de una concep-

ción económica que pone el dinero por encima de los deberes sociales; cuando no ignora las desviaciones de un intransigente nacionalismo que niega o conculca la solidaridad entre uno y otro país, solidaridad que impone a cada uno múltiples deberes para con la gran familia de las naciones.

La comunidad de los pueblos

La doctrina católica sobre el Estado y la sociedad civil se ha fundado siempre en el principio de que, según la voluntad divina, los pueblos forman entre sí una comunidad con finalidad y deberes comunes. Hasta cuando la proclamación de este principio y de sus consecuencias prácticas levantaba violentas reacciones, la Iglesia negó siempre su consentimiento a la concepción errónea de una soberanía absolutamente autónoma y exenta de obligaciones sociales.

El católico, convencido de que todos los hombres son prójimo suyo y de que todos los pueblos son miembros con iguales derechos de la familia de las naciones, se asocia de todo corazón a aquellos generosos esfuerzos, cuyos primeros resultados pueden ser bien modestos y cuyas manifestaciones chocan frecuentemente con fuertes oposiciones y obstáculos, pero que tienden a sacar a cada uno de los Estados de la estrechez de una mentalidad egocéntrica, mentalidad que ha tenido una parte predominante en la

responsabilidad de los conflictos del pasado y que, si no fuese finalmente superada o a lo menos contenida, podría conducir a nuevas conflagraciones, tal vez mortales, para la civilización humana.

La pesadilla de una nueva guerra

Nunca, desde el fin de las hostilidades, los espíritus se han sentido tan oprimidos como hoy por la pesadilla de una nueva guerra y la ansiedad de la paz. Ellos se mueven entre dos polos opuestos. Algunos repiten el antiguo refrán, no del todo falso, pero que se presta a ser mal entendido y del cual se ha abusado con frecuencia: «Si vis pacem, para bellum» («Si quieres la paz, prepara la guerra»). Otros creen hallar la salvación en la fórmula «¡Paz a toda costa!» Ambas partes quieren la paz; pero ambas la ponen en peligro: los unos, porque despiertan la desconfianza; los otros, porque alientan la seguridad de quien prepara la agresión. Por consiguiente, la una y la otra, sin querer, comprometen la causa de la paz precisamente en un tiempo en que la Humanidad, oprimida bajo el peso de los armamentos, angustiada por la previsión de nuevos y más graves conflictos, tiembla ante la sola idea de una catástrofe futura. Por eso Nos queríamos brevemente indicar cuáles son los caracteres de un verdadero anhelo cristiano de paz.

El verdadero anhelo cristiano de paz

1.º Viene de Dios

1.º El anhelo cristiano de paz viene de Dios. El es el «Dios de la paz» (Rom., 15, 33); El ha creado el mundo para que sea morada de la paz; El ha dado su mandamiento de paz, de aquella «tranquilidad en el orden» de que habla San Agustín.

La voluntad cristiana de la paz tiene también sus armas. Mas entre ellas, las principales son la oración y el amor: la oración constante al Padre celestial, Padre de todos nosotros; el amor fraterno entre todos los hombres y todos los pueblos, como hijos que son de un mismo Padre que está en los cielos; el amor que mediante la paciencia logra siempre mantenerse dispuesto y pronto a entenderse o a ponerse de acuerdo con todos.

Esas dos armas derivan de Dios, y donde ellas faltan, donde sólo se saben manejar las armas materiales, no puede haber una verdadera voluntad de la paz. Porque esos armamentos puramente materiales despiertan necesariamente la desconfianza y crean una especie de clima de guerra. ¿Quién no ve por eso cuán importante es para los pueblos el conservar y consolidar la vida cristiana y cuán grave es su responsabilidad en la elección y vigilancia de aquellos a quienes confían la inmediata disposición de los armamentos?

2.º Se reconoce fácilmente

2.º El anhelo cristiano de paz es fácil de reconocer. Obediente al divino precepto de la paz, no convierte nunca una cuestión de prestigio o de honor nacional en un *casus belli*, ni siquiera en una amenaza de guerra. Se guarda bien de intentar con la fuerza de las armas la reivindicación de derechos que, aunque legítimos, no compensan el riesgo de hacer estallar un incendio, con todas sus tremendas consecuencias espirituales y materiales.

En esto se manifiesta igualmente la responsabilidad de los pueblos en los problemas fundamentales de la educación de la juventud, de la formación de la opinión pública, tan impresionable y tan mudable hoy día por los métodos y los medios modernos en todos los campos de la vida nacional. Ahora bien, esa acción debe ejercerse asiduamente para corroborar la solidaridad de todos los estados en defensa de la paz. Cualquier violador del derecho

debe ser colocado en una infamante soledad, fuera de la sociedad civil, como perturbador de la paz. ¡Ojalá la Organización de las Naciones Unidas pueda llegar a ser la plena y pura expresión de esa solidaridad internacional de la paz, borrando de sus instituciones y de sus estatutos cualquier vestigio de su origen, que por necesidad fué una solidaridad de guerra!

3.º Es práctico y realístico

3.º El anhelo cristiano de la paz es práctico y realista. Su fin inmediato es remover, o al menos mitigar, las causas de tensión que agravan moral y materialmente el peligro de guerra. Esas causas son, entre otras, principalmente las relativas angosturas del territorio nacional y la penuria de materias primas. Así, pues, en vez de enviar los alimentos, con grandísimos gastos, a los contingentes de prófugos, amontonados quién sabe dónde y a la buena de Dios, ¿por qué no facilitar la emigración y la inmigración de las familias, dirigiéndolas a regiones donde hallarán más fácilmente los víveres que necesitan? Y en vez de restringir, con frecuencia sin justos motivos, la producción, ¿por qué no dejar a la gente la posibilidad de producir según su potencialidad normal y ganar así el pan de cada día como fruto de su actividad, más bien que recibirlo como un donativo? Finalmente, en vez de levantar barreras para impedirse recíprocamente el acceso a las materias primas, ¿por qué no dejar el uso y el cambio de las mismas libre de toda traba innecesaria, sobre todo de las que crean una perjudicial desigualdad en las condiciones económicas?

4.º Es señal de fuerza. La solidaridad de los pueblos contra el espíritu de agresión.

4.º El verdadero anhelo cristiano de paz es fuerza, y no debilidad o cansada resignación. Es una misma cosa con el anhelo de paz del eterno y omnipotente Dios. Toda guerra de agresión contra aquellos bienes que la ordenación divina de la paz obliga a respetar y garantizar incondicionalmente, y, por consiguiente, también a proteger y a defender, es pecado, delito y atentado contra la majestad de Dios, creador y ordenador del mundo. Un pueblo amenazado o víctima ya de una injusta agresión, si quiere pensar y obrar cristianamente, no puede permanecer en una indiferencia pasiva; y con tanta mayor razón la solidaridad de la familia de los pueblos prohíbe a los demás el comportarse como simples espectadores en una posición de imposible neutralidad. ¿Quién podrá nunca ponderar los daños ocasionados en el pasado por esta indiferencia, bien ajena del sentido cristiano, ante la guerra de agresión? ¿Cómo ha hecho probar ella más agudamente el sentido de la falta de seguridad en los «grandes» y sobre todo en los «pequeños»? ¿Ha traído, acaso, en compensación, alguna ventaja? No ha hecho, por el contrario, sino asegurar y alentar a los autores y fautores de la agresión, poniendo a cada uno de los pueblos abandonados a sí mismos en la necesidad de aumentar indefinidamente sus armamentos.

Apoyándose, pues, en Dios y en el orden por El establecido, el anhelo cristiano de paz es fuerte como el acero. Es de un temple bien diverso del mero sentimiento de humanidad, con demasiada frecuencia formado de pura impresionabilidad, que no aborrece la guerra sino por sus horrores y atrocidades, por sus destrucciones y consecuencias, y no al mismo tiempo por su injusticia. A un sentimiento tal, de factura eudemonística y utilitaria y de origen materialista, le falta la sólida base de una estricta e incondicional obligación. El crea aquel terreno en donde se desarrollan el engaño del compromiso estéril, las tentativas de salvarse a costa de otros, y en todo caso el éxito afortunado del agresor.

Tanto es así, que ni la sola consideración de los dolores y de los males provenientes de la guerra ni la exacta

dosificación de la acción emprendida y del provecho que se espera sirven, en fin de cuentas, para determinar si es moralmente lícito, o aun obligatorio en algunas circunstancias concretas (siempre que haya probabilidad fundada de buen éxito), el repeler con la fuerza al agresor.

El precepto divino de la paz

De todos modos hay una cosa cierta: el precepto de la paz es de derecho divino. Su fin es la protección de los bienes de la Humanidad, en cuanto bienes del creador. Ahora bien, entre estos bienes, algunos son de tanta importancia para la convivencia humana que, defenderlos contra una agresión injusta, es sin duda plenamente legítimo. A esta defensa está obligada también la solidaridad de las naciones, que tienen el deber de no dejar abandonado al pueblo agredido. La seguridad de que este deber no quedará sin llevarse a efecto, servirá para desalentar al agresor y, en consecuencia, para evitar la guerra, o al menos, en la hipótesis peor, para abreviar los sufrimientos.

De este modo resulta más exacto el refrán: «*si vis pacem, para bellum*», como también la fórmula «paz a toda costa». Lo que importa es el sincero y cristiano anhelo de paz. A tenerlo nos impelen, sin duda, el espectáculo de las ruinas de la última guerra, la condena silenciosa que brota de los grandes cementerios donde se alinean en filas interminables las tumbas de sus víctimas, la aun insatisfecha nostalgia de los prisioneros y de los prófugos, la angustia y el abandono de no pocos detenidos políticos, cansados de ser perseguidos injustamente. Pero todavía debe estimularnos más la voz potente del precepto divino de la paz, la mirada dulcemente penetrante del divino Niño del pesebre.

Escuchad, resonando en la noche como las campanas de Navidad, las admirables palabras del apóstol de las gentes, esclavo él mismo anteriormente de los mezquinos prejuicios del orgullo nacionalista y racial, derribados junto con él en el camino de Damasco: «Jesucristo es la paz nuestra, el que de los dos pueblos ha hecho uno solo..., destruyendo en sí mismo la enemistad de ello... Y así vino a evangelizar la paz a vosotros, que estabais alejados, como a los que estaban cercanos» (Ephr., 2, 14, 16-17).

Por esto, queridos hijos del mundo entero, os conjuramos en esta hora, con toda la fuerza de nuestra voz, a que trabajéis por la paz según el corazón del Redentor. Juntamente con todas las almas rectas que, aunque no militen en vuestras filas, están unidas con vosotros en la comunidad de este ideal, esforzaos por difundir y hacer triunfar el anhelo cristiano de paz.

Exhortación a la juventud católica

Mas con particular confianza nuestras voces se dirigen a la juventud católica. Las inolvidables manifestaciones del pasado septiembre reunieron en Roma, en una muchedum-

bre sin precedentes, a los representantes de la juventud católica, venidos de las más diversas naciones. Ellos han demostrado con esplendente claridad su solidaridad en la voluntad de paz.

Desde la escalinata de nuestra patriarcal basilica vaticana, en presencia de una juventud entusiasta, hemos bendecido entonces la primera piedra de la *Domus Pacis* que se va a edificar, la casa de la paz, destinada a dar la juventud del mundo católico, frente a la cúpula de San Pedro, la conciencia de pertenecer a una grande familia que abraza con igual amor a todos sus hijos. A vosotros, jóvenes, que en la flor de vuestra edad lleváis la responsabilidad de un mañana todavía tan incierto, os decimos: No os contentéis con edificar la *Domus Pacis* en la vía Aurelia. Ella será sólo el símbolo de vuestro anhelo de paz; mas ahora se trata de actuar todos vuestros tesoros de dedicación y de tenacidad para hacer del mismo mundo una *Domus Pacis*, sobre la que el espíritu y las promesas de Belén aleteen serenamente, y donde la atormentada Humanidad encuentre finalmente la paz.

Invocación final.—La Palestina

Con esta esperanza invocamos la protección del Altísimo sobre todos los pueblos y naciones, especialmente sobre aquellos que están más expuestos que los demás a las amenazas de guerra, a las perturbaciones y a las devastaciones. Y en esta víspera de Navidad, ¿cómo no ha de dirigirse nuestro pensamiento hacia aquella tierra de Palestina, donde el hijo de Dios hecho hombre pasó su vida terrena; Palestina, donde, a pesar de la suspensión de las hostilidades, no aparecen todavía seguras bases de paz? Ojalá se encuentre por fin una feliz solución que, mientras venga a socorrer las necesidades de tantos millares de desgraciados prófugos, satisfaga al propio tiempo los anhelos de toda la cristiandad, ansiosa de salvaguardar los Santos Lugares, haciéndolos libremente accesibles y protegidos por medio de la constitución de un régimen internacional.

Nos imploramos igualmente la asistencia divina sobre cuantos se complacen en dedicarse a la seguridad y al perfeccionamiento de la paz con sus oraciones y con su activa colaboración; a los que rigen los pueblos y a los que pueden ejercer un influjo eficaz sobre la pública opinión, como en general sobre aquellos de quienes los pueblos están más fácilmente dispuestos a aceptar las sinceras invitaciones para la paz; a las innumerables hileras de víctimas de la guerra, y a muchos otros cuya misera condición se hace cada día más dolorosa cuanto más se prolonga la intolerable espera de una paz definitiva, moralmente justa y duradera, exenta de cualquier prejuicio o superstición de raza y de sangre.

Entretanto, esperando de la divina gracia la realización de estos ardientes anhelos, impartimos de corazón a todos vosotros, queridos hijos, unidos a Nos con el vínculo de la fe y del amor, nuestra paterna bendición apostólica.

Qué pensaba Torras y Bages del Liberalismo

Guardaos, amados hermanos e hijos carísimos, de caer en el liberalismo, que es la peste del mundo, que se extiende por todas partes y hasta ataca insidiosamente a algunos de aquellos mismos que luchan contra él. Tened presente que la esencia de esta mortal pestilencia, que ha degradado principalmente a las naciones que, permaneciendo fieles a la Iglesia católica, se salvaron de la gran revolución protestante, no es más que una forma distinta de ésta que dejó las apariencias religiosas y las tomó políticas.

(Carta Pastoral De la Ciudad de Dios, de 24 de octubre de 1899).

Carta Pastoral del Emmo. Sr. Cardenal José Mindszenty

Príncipe-Primado de Hungría

Publicamos a continuación el texto de la última Carta Pastoral dirigida a su pueblo por el Cardenal Primado de Hungría, José Mindszenty, poco antes de su alevosa detención por orden de los gobernantes de su país. En la sección «De Actualidad» de este mismo número, hallarán nuestros lectores algunos pormenores relativos a la sañuda persecución de que ha sido objeto el ilustre purpurado, dentro del plan persecutorio contra la Iglesia, sus ministros y sus fieles, trazado por quienes han impuesto su feroz tiranía sobre el católico pueblo magiar.

Hace semanas que en las poblaciones de la Hungría mutilada se están tomando contra mí las mismas «decisiones». Se me acusa de haber atizado «la contrarrevolución y la enemistad hacia el pueblo» durante los días marianos organizados en los puntos céntricos del país el año 1947 y el 1948. Se quejan de que no se haya llegado a un convenio entre la Iglesia y el Estado. Exigen que se ponga coto a «la actividad subversiva».

Los días marianos, organizados dentro del marco del Año Mariano, tenían por objeto ahondar el culto tradicional a María y robustecer la conciencia religiosa. Nunca se trató en ellos de una cuestión meramente política; lo que hicimos fué predicar, juntamente con las virtudes marianas y el culto de María, el Decálogo, la dignidad humana, el amor y la justicia.

Los días marianos lograron el objetivo que nos habíamos prefijado. El Episcopado húngaro, llamado a fallar, lo hace constar en su carta de agradecimiento, fechada el 3 de noviembre. Frente a los ataques relacionados con los días marianos se ha identificado conmigo el Episcopado. De ellos dan testimonio también aquellos millones —que forman la verdadera opinión pública del país— ante cuya constancia heroica fué preciso recurrir —sin éxito por cierto— a tantos medios que humillan profundamente a quienes los emplean y que no pueden compaginarse con la libertad religiosa garantizada por las leyes democráticas.

Por lo que respecta al valor jurídico de las «decisiones», conviene hacer constar que pese a tantas promesas oficiales, desde la segunda guerra mundial no se han hecho hasta ahora —si se exceptúa la capital— elecciones con que el pueblo pudiera disponer de sus destinos. Las decisiones que así se tomen en los condados, ciudades y villas carecen, pues, de fundamento jurídico. Las manifestaciones de los individuos, a quienes se hace violencia quitándoles el pan y la libertad personal, es jugar de una manera indigna con la vida pública frente a la opinión de todo el país, condenado al silencio, excluido de las trincheras que para su propio gobierno le concede la Constitución. La libertad de la palabra, otorgada por la democracia, se manifiesta en estos individuos de tal manera que no es posible expresar una diferencia de criterio; y si a pesar de todo se expresa —de lo cual tenemos ejemplos edificantes— esta libertad, garantizada por la democracia, acarrea en pos de sí el despido u otra intervención análoga. Los sufrimientos de estas personas me duelen profundamente. Toda mi compasión para quienes son víctimas de la violencia. Me conmueven los magníficos ejemplos de fortaleza y fidelidad.

Por lo que toca a las «ofensas», ahora como siempre, se nos debe una demostración. Ya hemos pedido que el Gobierno publicara las cartas mías de que se queja y las sometiera al juicio de la opinión pública del país y del mundo entero. Tampoco se ha hecho nada en este sentido. Se agarran a unas generalidades escurridizas.

¿Que no hay convenio entre la Iglesia y el Estado, es decir —con más exactitud en este caso— entre la Iglesia y los partidos? Todos saben que llegó a la Iglesia nada menos que con tres meses de retraso la invitación para las conversaciones, para las cuales, como lo manifestó ella repetidas veces y públicamente, tenía el ánimo bien dispuesto. Fueron pregonando que las cuestiones pertinentes a la Iglesia sólo se arreglarían después de previas conversaciones, pero a lo último resolvieron la más vital de estas cuestiones, la de la enseñanza, de un modo unilateral, y esto cuando llegaba la mentada invitación. Naturalmente hacen de la Iglesia cabeza de turco.

Hay algo que mueve a meditación profunda en el hecho de que en torno de los días marianos organizados en Pé-liszentkereszt, Máriagyüd, Baja, Celldömölk, etc., las quejas vengan, no de parte de la Iglesia, sino de parte de la violencia.

Cursaban mensajes altisonantes de entre los muros de aquella prisión de Köhida, donde estuve preso también yo con veintiséis de mis sacerdotes, al mismo tiempo que Endre Bajcsy-Zsilinszky. Esto podrían saberlo también aquellos que a la sazón estaban presos en otro lugar o en ninguno.

Mas yo miro con tranquilidad las olas agitadas artificialmente. En el puesto, donde estoy haciendo guardia, no por gracia y confianza de los partidos, sino de la Santa Sede Apostólica, no son cosa insólita las olas espumeantes; la Historia es muy variada. Dos de mis antecesores murieron en el campo de batalla. Dos se vieron despojados de todos sus bienes mediante confiscación. Juan Vitéz fué arrastrado al cautiverio. Martinuzzi cayó herido por manos de sicarios retribuidos por personas poderosas. Pázmány, el más insigne de todos, fué desterrado. Károl y Ambrus, mientras iba visitando y cuidando a los enfermos, cayó víctima de la epidemia realmente desoladora. Ninguno de mis predecesores se encontró tan desprovisto de medios como yo. Ni falsas acusaciones formuladas intencionadamente y tantas veces refutadas, pero repetidas de un modo obstinado, han levantado en torno de mis 78 predecesores en conjunto oleadas tan trágicas como en torno mío.

Estoy de pie, por Dios, por la Iglesia y por la Patria; porque éste es el deber que me impone el servicio histórico de mi pueblo, el más desamparado en el mundo entero. Junto al sufrimiento de mi nación no tiene importancia mi propia suerte.

No acuso a mis acusadores. Si a veces me veo obligado a arrojar luz sobre la situación, ello no es sino el dolor de mi nación que estalla, sus lágrimas que brotan, su justicia que clama. Ruego por el mundo de la justicia y del amor; ruego también por aquellos que, según las palabras de mi Maestro, no saben lo que hacen. Les perdono de todo corazón.

Esztergom, 18 de noviembre de 1948.

José
Cardenal, Arzobispo

El secreto del señor Truman

III

¿La masonería en la Casa Blanca?

Se dice que todos, o por lo menos una gran parte de los Presidentes de los Estados Unidos, han militado en las filas de la masonería. Consta así, positivamente, de varios de ellos que no han ocultado esa filiación, antes bien la han proclamado sin disimulos como un grandísimo honor.

No es de extrañar que dada esta circunstancia, que constituye, además, un indicio de profundas infiltraciones de la secta en otros puestos de gran responsabilidad, haya podido la masonería desarrollarse con toda amplitud, ejerciendo, gracias a ello, una intromisión y un control constante en los altos organismos del Estado, y una gravísima influencia sobre grandes núcleos de opinión, como lo demuestran los casos concretos referidos en los artículos precedentes.

Poseemos datos específicos sobre la condición masónica de Jorge Washington, primer Presidente de los Estados Unidos. Según un calificado autor perteneciente a la secta, Washington fué iniciado en la logia número 4 de Frederiksborg, el 4 de noviembre de 1752, es decir cuando solamente tenía veinte años. Conforme lo acreditan los registros «de esta respetable logia —asegura el autor de referencia—, Washington fué ascendido al segundo grado el 3 de marzo de 1753, y exaltado al grado de maestro el 4 de agosto del mismo año».

Jorge Washington fué un miembro «ejemplar» de la francmasonería. A pesar de su vida activa y no obstante las importantes funciones que desempeñaba y en medio de las circunstancias más difíciles y apremiantes, «asistió siempre a las sesiones masónicas y honró públicamente a la francmasonería, aceptando y desempeñando con su acrisolado celo y lealtad, todos los cargos y funciones que se le encomendaron». En 1779 —es uno de tantos ejemplos como podrian señalarse—, hallándose acampado con sus tropas en Nelson's Point en las márgenes del río Hudson, tomó parte en las fiestas solsticiales de San Juan.

Un hecho ocurrido durante la campaña, nos muestra hasta qué punto la fraternidad masónica ata a los miembros de la secta, por encima de otras consideraciones y aun en oposición a altísimos deberes. En cierta ocasión, sus soldados hicieron prisioneros a gran número de ingleses, apoderándose de sus equipajes. Abiertos éstos, se descubrió en su interior gran cantidad de insignias y condecoraciones masónicas. Enterado Washington de la existencia de tales objetos en el botín capturado, ordenó que fuesen inmediatamente devueltos a su procedencia, entregándose en consecuencia todas las insignias y condecoraciones simbólicas al ejército enemigo, con una relación escrita en la que Washington hacía constar que realizaba gustoso aquella devolución, «porque las insignias y distinciones masónicas no podían confundirse ni tomarse por trofeos de guerra».

El 25 de abril de 1788, Washington fué nombrado maestro de la logia Alejandría número 22, a la cual estuvo adscrito hasta su fallecimiento.

A Jorge Washington pertenece la siguiente frase de alabanza de la masonería: «Estoy bien persuadido que la justa aplicación de los principios en que se funda la fraternidad masónica, es un medio eficaz para promover las virtudes privadas y la prosperidad pública.» También

es del mismo personaje esta definición de la secta, tan parecida a otras modernas definiciones con las que se pretende ocultar sus perversas actividades y sus sombríos fines: «La masonería es una asociación cuyos principios conducen a la pureza moral y a la realización de acciones verdaderamente humanitarias. Sus principios liberales se fundan en las leyes inmutables de la verdad y de la justicia.»

Por último, hemos de consignar unas palabras pronunciadas en unos de sus discursos, insinuando un programa de actuación, y que por triste suerte para los destinos de Norteamérica se ha realizado en buena parte: «Abrigo, lleno de fe, la más dulce esperanza de que la república será por largos siglos un santuario para los hermanos y una logia para todas las virtudes cívicas.»

Conforme al testamento de Washington, la vida de los Estados Unidos se ha deslizado bajo el control, más o menos continuo, de las logias masónicas, y ciertamente constituye una ventaja considerable para los candidatos a los más elevados cargos de la nación, su pertenencia activa a la masonería.

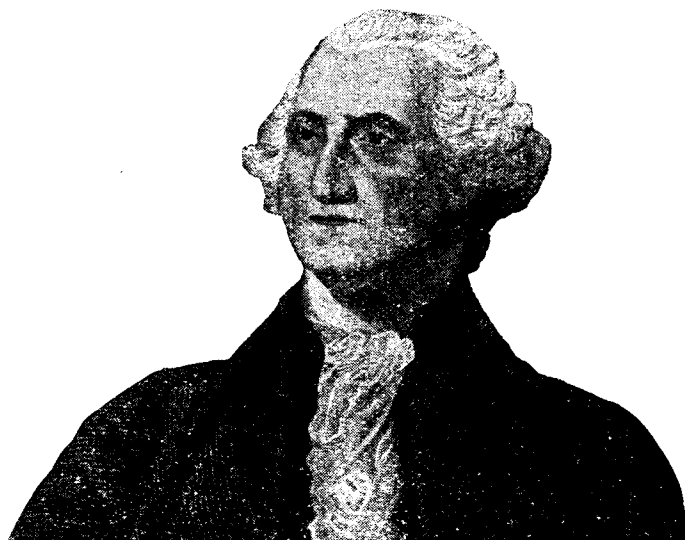
La huella de Washington, en este punto específico, resulta prácticamente un antecedente que pesa de un modo casi decisivo.

Pero, ¿pertenece a la masonería el señor Truman?

Repetiremos lo que dijimos en un número anterior de esta Revista:

Se ha afirmado que el señor Truman está inscrito en la organización masónica; sin querer entrar en detalles, nos limitaremos a reproducir un texto aparecido en la revista norteamericana *Newsweek* — «The Magazine of News Significance» — correspondiente al día 17 de noviembre del pasado año (1947), convenientemente traducido. Dice así:

«Ni uno de los veinte transeúntes reconoció, el último jueves, día 6 de noviembre, por la noche, la cabeza cubierta de negro sombrero que ascendía, andando vivamente, por la Avenida de Pensilvania, en Washington. Mientras su Servicio Secreto de guardia personal le se-



Jorge Washington
«Venerable Maestro» de la logia Alejandría, n.º 22
Primer Presidente de los EE. UU.

guía discretamente, el Presidente Truman anduvo las tres manzanas desde la Casa Blanca hasta el Templo Masónico, y una vez dentro se colocó el tradicional delantal blanco. La razón era la siguiente: El capitán Tomás J. Burns, ayudante médico de la Casa Blanca, tomaba su primer grado en la Logia. Aunque varios de los masones que oficiaban murmuraban sus líneas de discurso durante las ceremonias de iniciación, todos notaron que el primer Gran Maestro Truman de la Gran Logia de Missouri recitaba su discurso sin olvidar una sola sílaba, aun después de veinte años. Luego el Presidente chucheo: «Creía que los ojos de Burns iban a saltarle. Quisiera poder andar por este camino más a menudo (8).

¿A quién representa el nuevo Presidente?

Fueron muy pocos, relativamente, los electores estadounidenses que el día 2 de noviembre acudieron a las urnas a depositar su papeleta. Esta circunstancia, muy poco señalada en general por los comentaristas, no deja de ser altamente significativa, no sólo por lo que supone de rotundo mentís a la propaganda que viene haciéndose día tras día sobre la efectividad del espíritu democrático en la gran nación norteamericana, sino porque demuestra muy a las claras que no ha penetrado muy profundamente, al parecer, en dicho país el concepto liberal de la soberanía popular, ya que en general constituye un tanto por ciento crecidísimo el número de electores que se abstienen de participar en las luchas políticas; y eso a pesar de las fantásticas cifras de dólares que derrochan los partidos para atraer a su favor el mayor número posible de votos.

En las últimas elecciones, un total de noventa y cinco millones de ciudadanos tenían el derecho de solicitar su inscripción en el censo de electores. No obstante, únicamente sesenta y seis millones hicieron efectivo este derecho. La diferencia entre ambas cifras prueba palmariamente el escepticismo con que contemplan los ciudadanos estadounidenses el mecanismo electoral, típico engendro del liberalismo.

Claro está que este escepticismo no constituye ninguna novedad, ni es peculiar de aquella nación. Lo mismo viene sucediendo en otros países, lo que no representa precisamente ningún elogio para la seudodemocracia al uso.

Pero quizás este escepticismo, podríamos decir fundamental sobre el valor del sufragio inorgánico, se complique en último término con la sospecha de que los dirigentes políticos, sindicales o de grupo sean en realidad los que manejan o captan las voluntades de los individuos, convirtiendo la llamada soberanía del pueblo en un tópicamente fácilmente manejable por parte de quienes ostentan el poder, o de ciertas minorías audaces, que se sirven de las urnas como pedestal de sus ambiciones o de sus intereses. Esto tal vez explicaría el fenómeno que venimos comen-

tando. Porque se da el extraordinario caso que de los sesenta y seis millones de ciudadanos que se inscribieron para tomar parte en las elecciones que comentamos, dieciséis millones, pensándolo mejor, creyeron preferible no acercarse a los colegios electorales.

O sea que los noventa y cinco millones de ciudadanos con capacidad plena para ser electores se convirtieron, en la práctica, en cincuenta millones de votantes. El dato, de una elocuencia impresionante, vale la pena de tenerlo presente.

Ahora bien, Truman o, lo que es lo mismo, los compromisarios del partido demócrata, obtuvieron veintitrés millones de votos; Dewey, veintiún millones; Wallace, un millón, y Thurmond, novecientos mil. Tales son los resultados globales de las candidaturas de los principales elementos en lucha. Según ellos, resulta que el señor Truman, que ha sido elegido Presidente por la «voluntad popular», no ha obtenido siquiera el voto afirmativo del 25 por 100 de sus conciudadanos.

Entonces, ¿a quién representa el señor Truman?

Conste que al hacer esta pregunta no pretendemos discutir el derecho de dicho señor a sentarse en la silla presidencial de los Estados Unidos. No es ésta nuestra intención. Tampoco nos correspondería, en todo caso, a nosotros el hacerlo. Pero dentro de la teoría general del Estado democrático liberal, creemos que el interrogante fluye espontáneamente por su propio peso.

De las cifras citadas se deduce, además, que el señor Wallace tuvo una votación muy inferior a la que se cree obtendría. Pero, ¿podía esperar, o esperaba, otro resultado el señor Wallace? Sus concomitancias con los comunistas no eran suficientes para obtenerle el apoyo de ciertas minorías más o menos afines a aquéllos. Por otra parte, todo lo que el señor Wallace prometía a las tales minorías estaba asegurado, quizás con creces, por el señor Truman, que tenía también la ventaja —no pequeña— de haber cumplido parte de dichas promesas en su etapa provisional en la Presidencia.

¿Qué papel desempeñaba entonces el señor Wallace en la contienda electoral?

«El comunismo de Wallace y el apoyo otorgado por Moscú —ha escrito *La Civiltà Cattolica*— han prestado un inesperado servicio al Presidente Truman, permitiéndole reconquistar aquellos millones de electores independientes, pero simpatizantes con el partido democrático, que en 1946 se habían alejado de él acusándole de haber tolerado en demasía la infiltración de elementos comunistas y de ser demasiado débil hacia ellos» (9).

De donde cabe deducir que el señor Wallace ha desempeñado admirablemente, al parecer, su papel. Y que el señor Truman ha realizado con ello una magnífica ganancia.

José-Oriol Cuffi Canadell

(8) CRISTIANDAD, núm. 104, pág. 336.

(9) «La Civiltà Cattolica», 20 de Noviembre de 1948.



Entierro masónico del general americano José Warren, «Gran Maestro» provincial de Boston, muerto en 1775 en la batalla de Bunker's Hill

Meditación en torno a la Fiesta de San Francisco de Sales

Las faltas de imprenta han dado motivo, en más de una ocasión, a que literatos de indiscutible nombradía expusieran debidamente los trastornos, a veces de graves consecuencias, que ellas originan a los presentes y pueden acarrear a la posteridad. Mucho sobre esto nos contarían los que se dedican a la investigación.

La culpa será, si se quiere, una circunstancia baladí: una involuntaria distracción del escritor, o del cajista, o del corrector...; pero, al fin, la falta queda allá estampada, y luego su carrera es tan veloz, que se hace muy difícil darle matemático alcance. No siempre llega a todos la subsanación correspondiente, si es que puede hacerse.

Quien pretende ejercer el apostolado de la pluma debe dar por descontado que tendrá que sorber unos cuantos tragos de esta bebida más o menos amarga. No hace muchos meses, para no ir más lejos, escribíamos para CRISTIANDAD: «Dice el cronista — y en esto puedo asegurar que no miente — que el suceso tenía lugar en Montilla (Córdoba) el año 1569...» (1); y apareció 1579, como podía haber aparecido 1759. Con lo cual nos avisa el Señor que no debemos ser prontos en juzgar las faltas de otros y ser muy agradecidos a los que, advirtiendo tamaños deslices, tienen a bien comunicárnoslo a fin de poner las medidas oportunas.

Hay, sin embargo, una clase de faltas que, más que faltas, vienen a ser imprecisiones y, más aún, errores de carácter doctrinal, en los cuales, aun cuando recordamos el aforismo *nadie puede decir de esta agua no beberé*, sentiríamos mucho caer.

Es cosa manifiesta que ello va acentuándose en lo que va de siglo, no sólo en charlas, conferencias... (que es más fácil), sino que también en toda suerte de impresos, desde la edición magníficamente presentada hasta el articillo de un pequeño rotativo.

«Para que se vea que el error cunde — podríamos afirmar con el padre Teodoro Rodríguez, O. S. A. — haremos breves observaciones a algunas frases aisladas de escritores católicos; pues que los anticatólicos las escriban y pronuncien nada tiene de sorprendente y extraordinario, ya que están conformes con su heterodoxa ideología; y es hoy bien conocido, aunque no de todos los que debieran conocerlo para organizar convenientemente la defensa, que el sectarismo internacional tiene muy bien montada su máquina de guerra para las luchas de ideas que preceden y acompañan a las guerras de armas, según hemos demostrado en opúsculo reciente titulado *La lucha entre el Catolicismo y la Revolución mundial*. Es más, creemos que los autores católicos de escritos paganizantes son víctimas más o menos inconscientes de la red hábilmente tendida por el sectarismo internacional. Porque sólo así tienen explicación ciertas ideas en tales individuos, que en otro orden de cosas son lógicos y perfectamente honorables» (2). Nosotros sólo citaremos tres ejemplos, observados circunstancialmente en los primeros días del pasado mes. Los dejamos a juicio del culto y cristiano lector, porque lo que intentamos y deseamos con nuestras reflexiones es obtener una oración ferviente a nuestro Patrono, y que se ponga

(1) CRISTIANDAD, núm. 100, pág. 238. 15 Mayo 1948.

(2) «La Ciudad de Dios», Revista de Cultura e Investigación de los PP. Agustinos de El Escorial, vol. CLX, pág. 121 (Enero-Abril 1948). Léase el interesante artículo — «En torno a la crítica de un libro» —, que tiene por subtítulo: «San Pablo visto desde el Olimpo».

remedio, por su intercesión, a un mal que consideramos de extraordinaria trascendencia principalmente para la juventud, que ineludiblemente ha de formar la sociedad venidera. Vaya el primero.

Pocos días antes de la Purísima entrábamos en la biblioteca de un colegio de segunda enseñanza, dirigido por religiosos, con el fin de tomar notas de una de estas grandes historias ilustradas — que, sea dicho de paso, no suele faltar en centros por el estilo —. Al poco de haber leído unas cuantas líneas del *aspecto general* del siglo XVII de España — trabajo de síntesis que no siempre se logra con la fortuna deseada e integridad de doctrina — tropezamos con estas palabras (los subrayados son nuestros): «*Nuestro siglo XVII está lleno de una exaltación de misticismo popular tejido de miserias y renunciamentos y caldeado en sus principios por las más grandes figuras de nuestro santoral: Teresa de Jesús, Iñigo de Loyola, Isidro el Labrador, Francisco de Borja, Francisco Javier, son beatificados o canonizados en sus primeros veinticinco años. Además, la proclamación en 1616 del dogma de la Inmaculada, objeto de tantos afanes hispánicos, significa también la concreción de los más íntimos deseos populares en la imagen de la toda pura y sin mancha, como ideal inasequible. La vida vulgar en torno era triste. Los reyes, entregados a sus diversiones o a sus ejercicios devotos, dejaban el gobierno en manos de validos rapaces. La exhausta hacienda pública vivía del milagro de los galeones de Indias, que, frecuentemente, dejaban su oro en manos de los piratas ingleses. La propia existencia tenía un sentido profundamente trágico. Como protesta contra todo ello crece en el pueblo una devoción desesperada que lleva a los españoles a refugiarse en las visiones de la Pasión de Cristo, para por el contraste hallar así la insignificancia de sus propios padecimientos. Se multiplican hasta el infinito las procesiones y los grandes festejos religiosos como medio adecuado para reforzar una exaltación espiritual, en la que corresponde buena parte a la Compañía de Jesús, que, impregnada de un cierto sentido aristocrático en sus individuos, busca, sin embargo, la educación moral del pueblo valiéndose para ello de medios efectivos y de impresión directa que tienden más a emocionar que a convencer intelectualmente. Era también ése el medio de evitar los peligros y las veleidades del libre examen y del protestantismo.*»

Estoy seguro que el autor, relevante personalidad de nuestros días, no escribiría ahora de la misma manera esto, que fué impreso en el turbulento 1936. Pasemos al segundo.

Colocado el tomo en el lugar correspondiente, tomamos el periódico que había encima de la mesa. Por aquellos días se celebraba y comentaba la bienvenida apoteósica que daban nuestras ciudades a las insignes y veneradas reliquias del glorioso Patrón de las Escuelas Pías, San José de Calasanz. En uno de los varios artículos exaltando la excelsa figura del Santo, escrito por un muy conocido amigo nuestro, verdadero amante de la ciencia y de la virtud, se decía: «Sin duda, en medio de las excentricidades, falsedades e impiedades que tanto daño causaron entre los intelectuales de los dos últimos siglos, *algún bien nos trajo Rousseau al humanizar la educación infundiendo un profundo respeto a la personalidad e iniciativa del niño* (¡estaríamos bien apañaditos si se aplicaran tales

doctrinas rusonianas!); mas aquello de aceptable que tienen sus teorías, antes que ningún otro, lo inculcó y practicó en sus escuelas San José de Calasanz.»

No había pasado una semana, cuando cayó en nuestras manos un trabajo, que obtuvo el primer premio, con la mejor de las críticas sobre los diez presentados y las dos menciones honoríficas, la primera de las cuales fué para un religioso del Corazón de María. Sucedió en un Certamen Mariano y en una de las capitales de España. Prescindiendo del escaso mérito histórico y literario, transcribiremos dos frases, que constituirán nuestro tercer ejemplo.

La autora, profesora de Instituto, escribe con la mejor de las intenciones en la página 7, resumiendo su capítulo sobre España y el dogma de la Inmaculada: «Vox populi, vox Dei», la voz del pueblo es voz de Dios, porque el pueblo cristiano tiene una concepción de la ortodoxia que demuestra a las claras la asistencia particular del Espíritu Santo en las almas de los fieles. Así no es de extrañar que, dado el entusiasmo de España por el dogma de la Inmaculada, siglos más tarde, Pío IX, el 8 de diciembre de 1852, declarase solemnemente el dogma de la Inmaculada Concepción de María». Ya en la página 3 había traducido el *potuit, deuit, ergo fecit*: «pudo Dios obrar el misterio de la pureza original de María; luego de hecho la obró».

Hacemos constar únicamente el hecho, sin poner en tela de juicio la buena fe de sus autores, que no dudamos nos darian mil satisfacciones y excusas. No harían más que indicarnos algunas de las muchas causas que contribuyen en nuestros tiempos a sembrar la confusión en el orden ideológico, cuya pureza fué justamente vindicada y rubricada con la sangre.

Hay todavía demasiados restos de antiguas doctrinas que siguen coleando en nuestro suelo. Son más que suficientes para que el hervor de nuestra juventud se desvíe, y, sin freno alguno que pueda sujetarla, se desboque y eche al precipicio el carro de una nación, que tan valerosa y noblemente llegó a poner a salvo.

La deficiente formación habida en tiempo de huelgas y luchas políticas; la rapidez con que muchos han llegado a la meta de sus carreras; el mismo afán de ver estampados en letras de molde sus nombres y apellidos, blasonando de una suficiencia que no se posee; el prurito de buscar cierta originalidad a base del tropo y a costas de la claridad y desarrollo lógico del pensamiento; la falta del sentido de responsabilidad en algunas personas que ocupan cargos docentes, agravada por el ritmo y agitación de una vida que, a pesar de las muchas dificultades, se desea enteramente libre de sacrificios; la misma especialización, cuando carece de la base de unos principios fundamentales apoyados en la filosofía y teología verdaderas, mirando con indiferencia las auténticas interpretaciones y soluciones que a menudo nos llegan de Roma; el mismo deseo, tan codiciosamente avivado, de una honra y popularidad que en buena lid no podría conseguirse; todas estas causas, y otras muchas que podrían añadirse, son telarañas que puede manejar hábil y astutamente el enemigo para aprisionar y entenebrecer millares de inteligencias con la subsiguiente corrupción de los corazones. Son hilos conductores de admirable capacidad para electrocutar la parte más sana de nuestra Patria. Corrientes paganizantes en la educación católica para el cuerpo y para el espíritu. ¡Bien vale la pena estar alerta y poner en guardia a nuestra generación!

Por eso consideramos siempre como un feliz acierto de esta revista la marcada insistencia en descubrir y recordar los peligrosos ardides del liberalismo. ¡Cuánto conviene repasar las encíclicas de los últimos Papas! ¡Cuántos consejos hallarian nuestros escritores en la encíclica *Pascendi* para no quedar prisioneros de la espesa liga del Modernismo! A la luz de sus enseñanzas, convendría hacer la revisión y, mejor, retractación de muchas obras.

Así lo pedimos a San Francisco de Sales, a una con la verdadera humildad y prudencia cristianas, que deseamos para todos los que se dedican al apostolado de la pluma y al arte de escribir.

Martirián Brunsó, Pbro.

«Las dos Ciudades»

Dos amores fundaron dos ciudades: la terrena el amor propio hasta el menosprecio de Dios, y la celestial el amor a Dios hasta el desprecio de sí mismo. La primera puso su gloria en sí misma, y la segunda en el Señor; porque la una busca el amor y gloria de los hombres, y la otra estima por suma gloria a Dios...; y por esto en aquella sus sabios, viviendo según el hombre siguieron los bienes, o de su cuerpo o de su alma; y los que pudieron conocer a Dios «no le dieron la gloria como a Dios, ni le fueron agradecidos, sino que se hicieron vanos en sus pensamientos, y quedó en tinieblas su necio corazón.»

San Agustín. *De Civitate Dei*, XIV, 28.

DE ACTUALIDAD

El Colegio Cardenalicio felicita las Pascuas al Papa. — Detención y proceso contra el Cardenal Mindszenty

El Colegio Cardenalicio felicita las Pascuas al Papa

En la pasada vispera de Navidad, el Sagrado Colegio Cardenalicio felicitó a su Santidad el Papa las Pascuas de Navidad. En nombre del Sagrado Colegio fué leído un mensaje del Cardenal Decano, S. Em. Marchetti Selvaggiani, en el cual, después de hacer constar sus devotas felicitaciones y expresar su viva gratitud «por todo lo que deben a Vuestra Santidad, que, *con la palabra, con el ejemplo y con la inagotable caridad, rige y gobierna la Iglesia*», se refirió a los días felices del año que estaba terminándose, en el que no han faltado penas y dolores para la Iglesia y para el Supremo Pastor. Sin embargo, añadió, la Providencia, «siempre infinitamente grande, en muchas ocasiones se ha manifestado claramente procurando así no pocas consolaciones a la Iglesia y a su augusto Jefe».

Y prosiguió diciendo Su Eminencia el Cardenal Decano: «No sabemos lo que nos traerá el 1949; pero es cierto que Dios Nuestro Señor, Padre bueno, vela por nosotros, y que nosotros hemos de estar dispuestos a recibir todo de sus santísimas manos, en la seguridad de que todo lo que haya de suceder será siempre, en definitiva, para bien de la Iglesia y de las almas fieles.

»Entre tantas incógnitas sabemos, por otra parte, que el 1949 se verificarán, si Dios quiere, dos grandes acontecimientos:

»A primeros de abril se cumplirán los cincuenta años de la ordenación sacerdotal de Vuestra Santidad, y en esta circunstancia los católicos de todo el mundo orarán y, en vuestro nombre, darán gracias al Señor por un don tan grande.

»Hacia fines de 1949 se iniciará el Año Santo, y se apresuran ya los preparativos para esta celebración, que los católicos desean ardientemente y que esperamos que se desarrollen y resulten según nuestras intenciones y el programa por Vuestra Santidad trazado; santificación de las almas mediante la oración y la penitencia e inquebrantable fidelidad a Jesucristo Nuestro Señor y a su Iglesia; labor en favor de la paz y de la tutela de los Santos Lugares; defensa de la Iglesia contra los renovados ataques de sus enemigos e interpretación de la verdadera fe para los errantes, los infieles y los sin Dios; actuación de la justicia social y de las obras de asistencia en favor de los humildes y de los necesitados.»

Detención y proceso contra el Cardenal Mindszenty

La detención del Primado de Hungría, Cardenal Mindszenty, constituye posiblemente una de las fases culminantes de la ofensiva emprendida por el Gobierno comunista de aquella nación, y por sus directos inspiradores, para desarticular primero y destruir después la Iglesia Católica húngara.

El Cardenal José Mindszenty encarna en estos días trágicos de persecución diabólica la entereza y valentía del apóstol de Cristo, insobornable tanto a los interesados halagos, como imperturbable ante las amenazas y peligros

de todo género. Por eso el noble pueblo magiar estrecha sus filas junto a su gran Obispo en las horas de tribulación y congoja; por eso, también, llora hoy el país entero el atentado cometido contra su Pastor.

Parece ser que la detención del Cardenal Mindszenty fué decidida en la última reunión de la Kominform, que tuvo lugar en Sofía, y en el transcurso de la cual se hizo patente la dificultad que representaba para el éxito definitivo de la campaña antirreligiosa en el oriente europeo la continuación de las actividades de la Iglesia Católica en un país situado en uno de los extremos del bloque soviético, conviniendo en consecuencia los reunidos en la necesidad de actuar sin más dilaciones hasta arruinar por completo la intensa vida espiritual del pueblo de Hungría. La detención del Cardenal supondría en tal caso la iniciación de una nueva oleada persecutoria, externamente más cruel, contra los obispos, sacerdotes y fieles, y en general contra el sentimiento religioso de aquella gran nación.

«Estoy de pie por Dios, por la Iglesia y por la Patria, porque este es el deber que me impone el servicio histórico de mi pueblo, el más desamparado en el mundo entero», escribía el Cardenal Mindszenty poco antes de su detención, en una pastoral cuyo texto han podido leer nuestros lectores en otra página de este mismo número. Por Dios, por la Iglesia y por Hungría se halla recluido ahora el Cardenal, esperando la iniciación de un proceso en cuyo desarrollo son de temer las más calumniosas insidias y el empleo de refinados medios para obtener a toda costa una confesión.

Quizás—como se ha apuntado—el peligro de una declaración externa obtenida mediante la ingerencia violenta de ciertas drogas, que destruyen o imposibilitan el libre ejercicio de la voluntad, impulsó al heroico prelado a dirigir a sus hermanos en el Episcopado el texto de la siguiente comunicación: «Yo no he tomado parte en ninguna conspiración. Yo no renunciaré a mi sede episcopal. Yo no haré confesión alguna. Si tras de esta declaración vuestras excelencias se enteran de que yo he confesado o renunciado y de que estas últimas manifestaciones están respaldadas por mi firma, deberán considerarlas únicamente como consecuencia de la fragilidad humana, y por anticipado las conceptúo como nulas y sin valor.»

La dramática historia que está viviendo la católica Hungría, representa un aspecto de la lucha de las fuerzas del mal contra la verdadera Iglesia.

No hace muchos días, don Emérgo Graser, O. S. B., recién llegado a España, relataba en las páginas de un periódico de esta ciudad algunos pormenores de la persecución religiosa desencadenada en su país, y hacía referencia al grupo de «intelectuales judíos» que dirige en último término la campaña contra la Iglesia y contra el Primado, «auténtico baluarte de la resistencia nacional» Efectivamente, el ministro judío Matías Rakosi, verdadera eminencia gris del Gobierno húngaro, es al parecer el que ha trazado las líneas directrices del plan encaminado a aniquilar paulatinamente toda la vida religiosa de Hungría.

Tal vez teniendo presente este dato sería menos difícil estudiar la índole exacta de la conjura tramada contra la sociedad cristiana en el mundo entero, conjura que en Hungría se presenta con toda su crudeza y perversidad.

La Revista CRISTIANDAD tiene lectores en los siguientes países:

Europa

BELGICA: Lieja

FRANCIA: París, Bordeaux, Angers, Lignières, Lourdes

HOLANDA: Nijmegen.

INGLATERRA: Londres, Oxford, Chipping Northon, Eastbourne, Newcastle-On-Tyne

IRLANDA: Dublín, Ballinasloe, Cabra, Cappoquin, Cashel, Killaloe

ITALIA: Roma, Florencia, Génova, Milán, Palermo, Padua

PORTUGAL: Lisboa, Porto, Braga, Braganza, Coimbra, Cova de Iria, Covilha, Leiria, Alcains, Alvares, Campo Maior, Estoril, Foz de Douro, Lagoal-Caixias, Negrellos, Peniche, Tomar, Vidago, Vilanova de Gaia

SUIZA: Zurich, Friburgo, Locarno, Losana, Orsonnens

Asia

CHINA: Wuhu

INDIA: Bombay, Amod, Bhavnagar, Baroda, Bulsar, Kandi, Khandala, Madras, Shembaganur, Talasari, Mhemdabad, Nadiad, Rajkot

JAPON: Tokyo, Hiroshima

Africa

MARRUECOS ESPAÑOL: Tetuán, Melilla, Ceuta, Tánger

GUINEA ESPAÑOLA: Santa Isabel (Fernando Poo)

América

ALASKA: Bethel²³

CANADA: Ottawa, Montreal, Quebec, Edmonton

ESTADOS UNIDOS: Nueva York, Wáshington, Los Angeles (California), Plasentia (California), Berkeley (California), Alburquerque (New Mexico), Montezuma (New Mexico), San Antonio (Texas), El Paso (Texas), Edinburg (Texas), San Agustín (Florida), Chicago (Illinois), San Pablo (Minnesota), Webster Groves (Missouri), Framingham Centre (Massachussetts)

ARGENTINA: Buenos Aires, Córdoba, Tucumán, Santa Fe, Salta, Mendoza, Jujuy, Ciudadela, Mari-Lauquen, Morón, Pirovano, San Juan, San Miguel, Viedma

BOLIVIA: La Paz

BRASIL: São Paulo, Braganza Paulista, Itatiba, Mogi Mirim, Recife, Santos

COLOMBIA: Bogotá, Cali, Jericó, Medellín, Pasto, Tunja, Usaquen, Zipaquirá

COSTA RICA: San José de Costa Rica

CUBA: La Habana, Santiago, Matanzas, Cienfuegos, Holguín, Sancti Spiritus, Pinar del Río, Camagüey, Ciego de Avila, Guaimaro, La Víbora, Manzanillo, Morón, Nuevitas, Violeta

CHILE: Santiago, Concepción, Valparaíso, Talca, La Serena, Los Andes, Padre Las-casas, San José de Mariquina, Temuco, Viña del Mar

ECUADOR: Quito, Cuenca

EL SALVADOR: San Salvador

GUATEMALA: Ciudad de Guatemala, Cobán, Quezaltenango, Sololá

HAITI: Puerto Príncipe

MEJICO: Méjico, Mérida del Yucatán, Tampico, Guadalajara, Morelia, Pueblá Coyoacán, Cuquío, Chihuahua, Puerto Vallarta

NICARAGUA: Managua, León

PANAMA: Ciudad de Panamá

PARAGUAY: Asunción

PERU: Lima, Iquitos, Magdalena del Mar, Miraflores

PUERTO RICO: San Juan, Aibonito, Ponce, Santurce

REPUBLICA DOMINICANA: Ciudad Trujillo, Santiago de los Caballeros

TRINIDAD: Puerto España

URUGUAY: Montevideo, Florida

VENEZUELA: Caracas, Valencia, Mérida, Bucaramanga

Oceanía

AUSTRALIA: Sydney

FILIPINAS: Manila

*L*a parroquia con sus dependencias
sociales, es el centro de la vida
católica.

V. H.

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual . . . 100'00 ptas.
Semestral . 50'00 "
Trimestral . 25'00 "

•
Número ordinario . . . 5²⁵ pts.
Encuadernar 25 >
Tomo encuadernado . 125 >



¿ARABES?
¿JUDIOS?

¿Quiénes tienen mejor derecho sobre
Palestina?

LEA EL FOLLETO

La cuestión de Palestina

por
José-Oriol Cufí Canadell



DE PROXIMA APARICION